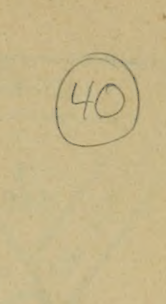
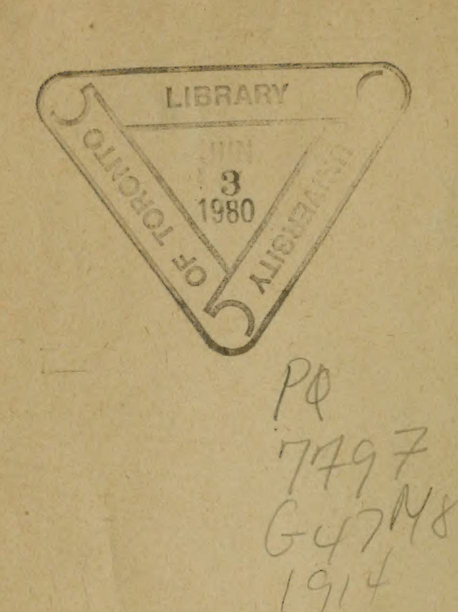

3 1761 07286313 7


40



ALBERTO GHIRALDO

MÚSICA PROHIBIDA

(Segunda edición)

Edición de "IDEAS y FIGURAS"
BUENOS AIRES
Tacuarí 900

PRÓLOGO



"MUSICA PROHIBIDA"

por Alberto Ghiraldo

Ce siècle est grand et fort, un noble esprit le mène, *decía del décimonono el poeta Hugo. Los tiempos han crecido, y nuestro siglo amenaza ser mucho mayor, guiado por el mismo noble espíritu, más experimentado. No se siente hoy sólo el hervor de la simiente que desparramaron nuestros padres a manos llenas, ora en el surco abonado, ora en tierras incultas, ora en el pedregal: hay por todas partes brotes verdes y frescos que hacen soñar en cosechas seguras o por lo menos en la posibilidad de una cosecha. El gran verso del poeta comienza a resultar una profecía realizada, el siglo pasado tuvo que ser grande y fuerte para haber engendrado el actual, y la nobleza del espíritu que a este guió y condujo al otro, se ve en que la ley de amor y de progreso conquista más adeptos cada día, mientras sus adversarios por todas partes amenazados, exageran la resistencia cual si estuviesen por quemar el último cartucho.*

Todos los pueblos, según su grado de cultura, tienen luchadores

que bregan por la conquista de mayor bien para la humanidad. Esos luchadores toman las armas que están a su alcance, combaten en la arena que les cabe en suerte, y usan de la esgrima que conocen y les es permitida. Rusia y la República Argentina, Francia y el Japón, son teatros con escenarios distintos, con actores y autores diferentes, pero el drama es el mismo, y hay que representarlo exagerando o empequeñeciendo los detalles, pero dejando el fondo igual. Y en todas partes, con paso más o menos rápido y seguro, se marcha como decía el maestro Zola, hacia más luz, hacia más amor, hacia más felicidad.

Y en todas partes, los poetas son, hoy como siempre, los encargados de sintetizar el pensamiento y la aspiración de los pueblos. Si el escritor de cosas actuales analiza o sintetiza lo que le rodea, el poeta emboca el clarín y da siempre el toque de orden que corresponde al momento. Es la señal, es el encargado de darla por misión superior; y cuando en un rincón cualquiera del mundo se debaten altos intereses y trascendentales ideas, basta para estar al tanto de la lucha y darse cuenta de lo que defienden los paladines, con escuchar lo que dicen los versos de los poetas.

Aquí, en medio del silencio que apenas entrecortaban de vez en cuando algunos ritmos, pues estas nuevas generaciones parecen harto monetizadas para esperar algo de la virtud del endecasílabo, aquí, donde se habían extinguido sin eco las últimas vibraciones de la lira romántica, — aquí también se acaba de levantar una gran voz.

Una voz que tiene brusquedades y asperezas,—voz, que parece de mando porque es de protesta—y que sintetiza en su nota bronca todo el horror de tantos dolores como abre la injusticia a guisa de puñal. Una voz que no suena a armonía delectable, aunque tenga ternuras humanas, que parecerá incorrecta a cuantos estén hechos al convencionalismo que oculta las miserias bajo una levita, y el cáncer bajo un rosado pedazo de tafetán inglés.

Me refiero a esa «Música Prohibida»*, el libro de versos que acaba de publicar Alberto Ghiraldo, y que me parece la exacta y*

artística repercusión de un grito del pueblo, en unas páginas; la sinfonía de los mil gritos de ese pueblo reunido, sabiamente atenuados, en otras.

También aquí debía haber quien entonase, con ritmos nuevos, el himno de los trabajadores, el canto de los desheredados, rompiendo de una vez por todas el círculo vicioso que había limitado el «ideal práctico», si así se me permite decirlo,—e iniciando el avance hacia horizontes que no por estar lejanos son más inaccesibles ni menos bellos. Eso viene haciendo Ghiraldo desde ha tiempo, y sus toques de ataque y sus dianas de victoria son las que reune hoy en este libro que llama «Música Prohibida».

En el libro abundan versos de un valor musical y pictórico como el de estos, describiendo un día canicular:

«... las casas son de fuego
y hay cansancio en el aire».

«Las casas son de fuego» evoca con su sonoridad lenta y zumbadora, el bochorno de un día de verano, como sugiere la tarde invernal, con ritmo helado

«Y un viento frío corta la lluvia...»

Significando con sus palabras ásperas—sobre todo, si se pronuncian como entre nosotros, y no a lo castellano—algo fúnebre y fantástico, lo mismo que más lejos nos pinta el autor, la angustia:

«La angustia del hombre va en alas del viento...»

Esta cadencia agregaría con orgullo a su joyel más de un famoso tejedor de ensueños, como muchos, describiendo a una mujer, hubieran querido saber decir:

«Cuando irgue el busto, dirigiendo a lo alto
la mirada—semeja
un misterio enfrentado a otro misterio».

o aquello, tan profundamente sentido y tan elevadamente poético:

«Va triste y sonriente: parece una estrella
que tuviera un alma».

Otras muchas estrofas, de muy distinta entonación, son impecables también, y del mismo raro poder evocador y sugerente, como aquel círculo infernal que ve el malvado, mientras cruzan las águilas el cielo:

«Y de un rincón del antro, desgarrantes,
salían hondos gritos,
como si fueran de almas mutiladas
que estuvieran aullando su martirio».

Estas almas mutiladas, lloran y sangran trágicamente, el autor lo sabe, y por eso lo repite:

«Cuando alzó la cabeza, sacudiendo
las pesadumbres de su mente trágica,
tenía el ceño adusto y se diría
que en ella, persistentes, resonaran
con ecos infinitos, perdurables,
los gritos de las almas mutiladas».

Pero no en esto hay que detenerse; es otra cosa lo que llama con imperio la atención del lector cuando el poeta, palpitando y vibrando con su noble y alta aspiración del porvenir, pisotea el presente prosáico, injusto y rastrero, para empinarse sobre él, y luego correr hacia el horizonte, invitando a los demás, pero sin preocuparse de que lo sigan. Conquistador y caballero andante, puede proclamar:

«¡Mis armas las forjé con mis silicios!
¡Sólo soy un dolor que se subleva!»

y aunque se vea solo, completamente solo, abandonado por los Sanchos ¡qué diablos!, nunca dejará de derribar algún molino, y de abrirse calle por encima, para sí y para los demás!...

Paréceme oír la objeción de que en sus poesías Ghiraldo suele ir demasiado lejos. Nunca se va demasiado lejos ni se hacen cosas demasiado buenas. Estas son observaciones de los cortos de aliento o de ingenio, que justifican o creen justificar su falta de fuerza o de inteligencia, determinando vallas y límites de los que no se debe pasar, mientras el poeta puede decir y exclama con razón:

«Un sol de amor, en púrpura dormido,
me anuncia que se ha abierto otro horizonte!»

El poeta debe ir más lejos que los demás, puesto que es el vocero, el heraldo del ideal, y decirle «no pasarás de aquí», en el terreno del pensamiento, es, en las lógicas proporciones, como cerrar el campo de la investigación a los grandes aventureros de la ciencia. Y si el poeta se queda en las mismas filas que nosotros, o se detiene, o retrograda, es simplemente porque,—si lo era de veras—ha renunciado a seguir siéndolo.

Esto dicho, renuncio a hablar de la parte de «Música Prohibida» *dedicada exclusivamente a instrumentar las reivindicaciones del pueblo, ora como un toque de atención, ora como un paso de ataque, ora como un himno que parece al propio tiempo una marcha.*

Algunas ideas, pocas, no están de acuerdo con las mías, más en la exteriorización que en la finalidad, siempre la misma. Pero no es eso lo que me detiene: es que la elocuencia de esas estrofas, reclama que no se las toque ni se las analice: perderían el autor y el lector que escribe.

Y precisamente, mientras escribe, oye que un hombre de experiencia e inteligencia, a pocos pasos de él, dice a Ghiraldo estrechándole la mano, con el libro aún abierto, el rostro empalidecido de emoción real:

—¡Gracias! ¡Muchas gracias! Con este libro hemos recibido el

regalo de un poeta original, personal, de un cantor de los que sufren, de un Tirteo que los lleva a sufrir menos, mucho menos cada vez.

Y yo diría a mi amigo lo que él canta a nuestro maestro Zola:

Trás un montón de dolores, irguiéndose tu figura
Grande y sola, sobre el mundo gritas palabras de fuego,
Que son a un tiempo castigo y esperanza, luz de muerte
Y sol de vida de rayos fecundantes como un riego.

ROBERTO J. PAYRÓ.

(«La Nación» de Buenos Aires).

"MÚSICA PROHIBIDA"

A Alberto Ghiraldo. Buenos Aires.—Mi querido poeta: Gracias por vuestra «Música Prohibida». *El título es toda una coquetería, pues esta música sólo es prohibida en la corte y en la iglesia, pero debe haber, creo, aún sacerdotes y príncipes que gusten escucharla y la saboreen en secreto.*

Vuestra música es tan potente como bella; al lado de las suaves flautas hay en vuestra orquesta algunas de esas formidables trompetas legendarias cuyo trueno hace derrumbar las murallas de las ciudades fuertes. ¡Y qué penetrante modernismo! ¡Y qué riquezas de ideas y de imágenes!

Evidentemente, no cantáis para mujercitas y agotados. Empero, los fuertes y los libres admirarán vuestro arte, aún cuando no compartan vuestras más avanzadas ideas.

Estréchoos la valiente mano y quedo vuestro afftmo.

MAX NORDAU.

París.

"MÚSICA PROHIBIDA"

Tu libro, fuera de la literatura, expresa tu alma sonora y valiente. Ardoroso, generoso, terrible, sigues en tu afán noble de demandador de justicia y de minero de la felicidad humana. Sabes que mis palabras son cordiales pues ha tiempo aprendiste a leer en mi corazón. Sigue en tu hermoso camino—hermoso de torrentes y de relámpagos—sigue amando la Belleza, el Amor y la Libertad. Un gran abrazo.

RUBEN DARÍO.

Madrid.

Un ensueño viril, una épica diana,
Tal se me representa tu «Música Prohibida».
La luz roja y vibrante de la roja mañana,
Incitando al amor, saludando a la vida.

VÍCTOR ARREGUINE.

Montevideo.

«Música Prohibida» *es un libro altísimo y de vigor incontrarrestable.*

MANUEL UGARTE.

Alberto Ghiraldo

Alberto Ghiraldo como poeta es un rebelde, un sembrador de ideas, un creador de rebeldías y de virtudes.

Soy un símbolo
De rebelión; mi cresta es mi bandera
De combate; y es blanca y luminosa
Como ideal; sobre mi lomo esplende
Como aureola.
¡El himno de la muerte
Con bandera de luz cruzo cantando!...

La musa, consagrada y augusta, madre de las adoraciones, evocadora del dolor luminoso y edificativo en el alma de los predestinados está al servicio de las supremas ideas de justicia. Su lira, lira que parece haber sido robada a Hesiodo, el cantor de los Trabajos y de los Días, lira inmensa, grandilocuente, altisonante, enguirnaldada de estrellas y de besos, capaz de vibrar todas las emociones, es la áurea lira del Sentimiento, siempre vibrando, perpétuamente vibrando, eternamente vibrando. Sus cantos brotaron al atravesar su alma la clamorosa angustia del canto doloroso del sic vos non vobis *de Virgilio que a las alturas eleva el proletariado universal.*

Alberto Ghiraldo, artista del ritmo y del pensamiento

«...con la visión de un mundo nuevo
En la pupila adusta y soberana»

celebra en versos expléndidos, en estrofas de oro cuidadosamente buriladas, las desesperaciones de la hora presente, las angustias contemporáneas, las rebeliones del proletariado universal. Observador cuidadoso, conmuévese ante los sufrimientos trágicos de los trabajadores oscuros, de los mártires de las usinas y de los héroes de la gleba, todos anhelantes por la era de paz y de alegría que les anuncian los inspirados cantores.

El es el cántico inspirado de las luchas de su siglo. Teniendo para celebrarlos la violenta inspiración de un Verhaeren, el poeta visionario y bárbaro de Les villes tentaculaires, *su voz no es otra*

que aquella voz soberana, doliente, vibrando armonías, que, en La Voz del Desierto, *nos dice:*

De todas las almas
Que sufren y lloran yo soy el lamento,
De todos los tristes del mundo, de todos
Aquellos que llevan—insignia de duelo—
Bandera de luto, caravana eterna
Que marcha en la sombra con rumbo al silencio!
¡Yo soy como un eco de todas las penas,
La angustia del hombre va en alas del viento.

Ghiraldo me hace recordar al gran Constantino Meunier entre su familia de mármoles, figuras augustas a las que poco falta para convertirse en seres animados, pareciendo haberse realizado en poéticas cadencias, en ritmos sencillos, en blandas estrofas horacianas, el pensamiento doloroso que el soberbio artista francés fijó en la piedra para eterna satisfacción de la raza latina.

Fermentos del abismo me dan fuerzas
Y ansias de libertad llevo en mi seno
Para inundar el orbe.

Así habla el poeta que, como Meunier, es un gran artista, porque se conmueve infinitamente delante de la vida y tiene todavía el poder de trasmitirnos sus profundas emociones.

Ghiraldo posee extraordinarias dotes poéticas. Es esencialmente poeta, y un poeta de pensamiento soberbio. Es poeta, con todas las fuerzas y debilidades de un hombre moderno, con toda la profundidad de una honda cultura mental. Nació poeta como Keats, el poeta de Endymión, el cual, delante de la grandeza de su función natural, decía: «Muchas veces me he preguntado porque yo, antes que otros, nací poeta, cuando pienso en la grandiosidad de la poesía». Ghiraldo tiene la interna visión penetrante de los es-

pirituales, la visión concentrada de los mundos, de los seres y de las cosas, sincera y desinteresada, inconsciente y necesaria y posee el secreto de los artistas, que consiste en manejar con naturalidad sus grandes recursos de perfecta objetivación.

Su «Música Prohibida» *es una prueba elocuente de sus soberbias condiciones intelectuales.* «Música Prohibida» *es una hermosa música, un poco violenta, una música subversiva, repleta de visiones admirables y de acentos profundos, una música loca que hiere los oídos de los habitantes del reino de Midas, y que espanta a aquellos que tienen cubierto en el festín del barón Ghetto, música maldita, pero que, entretanto, no desagrada a los enemigos de la ley, a los soñadores, a los desclasificados, a los defensores de la Internacional, a los servidores de la anarquía.* «Música Prohibida» *es una fanfarria festiva, ruidosa y cantante, tañendo himnos de esperanza y cantos de amargura sobre las multitudes, las grandes, las invictas, las bravas multitudes que*

...seguras de su triunfo,
Ebrias de ensueño, locas de esperanza,
Listas a dar el paso giganteo,
Frente a la aurora están,—como clavadas!

un clarín retumbante convocando a todos los oprimidos, a todos los galeotes de la miseria, a todos los que sufren, a todos los que tienen sed de justicia e ideas libertadoras, al buen combate por la vida libre y radiosa, la lucha redentora contra el error, la mentira y la iniquidad. «Música Prohibida» *es un grito vibrante como*

...un rayo terrible de venganza
Blandiendo su dolor como un castigo
Sobre la testa de la grey tirana.

Un grito de dolor más alto que se levanta, un

...grito de guerra que presagia

La redención del mundo; es el soberbio
Grito lanzado en torno de las llamas,
Desde el fondo más rojo del incendio,
En los días más grandes de la historia
Que abrirá el libro de los Tiempos Nuevos.

Los versos de Ghiraldo tienen esplendores de aurora—Alba roja —preludiando el advenimiento de una humanidad nueva, redimida de prejuicios, emancipada de errores y de dogmas, libre de todos los obstáculos que puedan entorpecer la marcha ascendente hacia la vida integral.

Hay en «Música Prohibida», *cuyo título encierra una ironía finísima, poemas puros, vivos, luminosos como los pequeños soles que pululan en el amplio cielo. La belleza integral, renovada, brilla en esos cantos, cantos que se dirían ser de una águila real que cantase, como una llama viva que pretendiese devorarlo todo. La vida, la vida que glorificó Withmann y cantó Shelley en sus poemas inmortales, la ardiente y noble vida con sus dolores y sus alegrías, con sus fiestas y sus días de luto, tal es la fuerza prodigiosa de su poesía.*

Cuando Ghiraldo, lleno de las energías generosas y de las ideas emancipadoras, que inspiran hoy a las multitudes conscientes, delicado y raro, en un lenguaje voluptuoso, claro y preciso, canta la alegría de vivir, la vida terrestre con sus amarguras, su gloria familiar, su risa inefable, sus lágrimas y sus emociones, con el infinito de sus cielos, y sus paisajes impresionistas, la naturaleza con la tragedia o el concierto de las energías humanas, los ritmos de la vida social, los trabajos, las esperanzas y las maldiciones del proletariado, la gran lamentación que asciende de las ciudades operarias, de las usinas y de los campos, yo comprendo perfectamente lo que hay de maravilloso en esos poemas, porque ellos predicen un sentido real de la tierra y de la vida.

Ghiraldo es el poeta de los desheredados, de los oprimidos, de los humillados y de los ofendidos, el poeta de la revolución social,

el anunciador de la buena palabra de redención, el profeta de los tiempos mejores, el heraldo de las ideas nuevas.

Oid la voz que entona el cántico altisonante de Clarín, *trompa extraña y bárbara que vibra por los espacios con el sonido alegre de la próxima victoria, congregando las huestes hermanas para la lucha redentora contra los tiranos de la tierra.*

Este pequeño poema, uno de las más expresivos del citado volumen, es una bárbara nota de música extraña, una nota aguda de música prohibida, una invocación soberbia a aquellos que gozan anticipadamente los frutos de dulzura, de belleza y de bondad de la ciudad ideal del hombre redimido.

El poeta es un constructor. Glorificando a la humanidad nueva da a los hombres el desagrado de su actual situación. El poeta, como el antiguo Anfión, al són de su lira, hace brotar una ciudad. Esa ciudad, no es la ciudad de los resignados de Tolstoi, es la ciudad de rebelión donde el hombre quiere vivir en plena libertad, lejos de los dioses y de los pretorianos bestiales, sin esclavos ni señores.

ELYSIO DE CARVALHO.

(Del libro «Negadores y Rebeldes»)

Río de Janeiro.

ALBERTO GHIRALDO

Un poeta representativo

Después de leer «Música Prohibida», *puedo decir que Ghiraldo no habría necesitado, para inscribir su nombre en la historia del desarrollo literario sudamericano, ser el magnífico e irreductible luchador que ha sido. Es el poeta social, o civil, como querais. Pero es también el poeta cordial. Dentro de la poesía argentina no tiene más semejante que* Almafuerte—*ese otro gran torturado*

de la vida,—pero mientras aquel se hace un solitario y un asceta, Ghiraldo persiste en la lucha con sigulares bríos, como si deseara, en su fiebre revolucionaria, que todos los ídolos humanos y divinos tuvieran una sola cabeza para derribarla de un golpe.

. . . .

Poeta civil, poeta representativo, en cuya obra puedan las generaciones encontrar una palpitación de este momento histórico, no hay en la Argentina más que Ghiraldo. Nadie ha llevado como él al campo de la literatura, con tanta fuerza y tanta persistencia las agitaciones de la vida social de nuestro tiempo. Por estraña paradoja—estraña, pero no rara, si se examina la historia de todas las literaturas,—la obra de quien niega y combate el concepto usual de «patria» es la que tiene más hondas y firmes raíces en el suelo nativo. Parece absurdo; pero allí están sus libros, y los libros de todos, y a ellos me remito.

Víctor Domingo Silva.

Santiago de Chile.

"MÚSICA PROHIBIDA"

Ghiraldo en este libro—realización de sus ideales,—está con los humildes, con los vencidos, con los tristes... Espíritu cultivado y esquisito, siente la nostalgia de la vida intensa, de la felicidad colectiva, no encuentra el ideal en la civilización que acrece comodidades materiales para unos con mengua de las necesidades de los otros y siente que el arte se apaga bajo las especulaciones mercantiles, que las telas luminosas se borran, que los mármoles de las estátuas se derrumban... Y ha buscado el fulgor de los nuevos evangelios humanos en las hogueras encendiads por la clarovidencia de los precursores; ha entrevisto la Verdad, la Justicia y la Belleza imperando como las gracias en las ciudades del futuro; y como el poeta inglés Swinwürne ha visto pasar por encima de las tormentas la gaviota blanca de la revolución por los cielos azules.

Y su pesimismo se ha evaporado como niebla al sol; y su dolor se ha hecho rugido, apóstrofe, amenaza, protesta. Ahí está el poeta surgiendo del fondo extraño de su libro, bravío, áspero, batallador, esgrimiendo el hierro, buscando el combate, acariciado por el sol, de frente a la vida!...

Los grandes dolores requieren algo más que la paciencia estéril; los hondos sufrimientos precisan algo más que el evangélico perdón. Hay que buscar otros caminos para los consuelos; hay que alzar otras doctrinas para la prédica; hay que orientar la poesía hacia las ideas científicas y sociales, dándole un soplo más largo, más ardiente...

El poeta no puede como el león del verso de Leconte de Lisle, dejarse morir de hambre en la jaula del mundo, desesperado y oprimido. No debe suicidarse trás los barrotes del pesimismo. Debe alzarse y rugir.

Y Ghiraldo, ruje en sus estrofas bravías como marsellesas redentoras. Su poesía acaricia las sienes de los parias como un ala de fuego; con un soplo de amor hincha los andrajos y levanta las blusas como banderas. Es poesía, esa que levanta las almas de los humildes y abate las testas de los poderosos, esa que se arranca de las cuerdas de la vida, de las entrañas mismas de la humanidad!

«Música Prohibida» es el poema de un libertario, libro raro, de dolor y de arte.

FRANCISCO ANIBAL RIU.

Acabo de leer Música Prohibida, *el libro de Alberto Ghiraldo, un inspirado fecundo.*

En sus páginas palpita el dolor hondísimo de la miseria popular. Jamás, como en este libro, se protestó con más arrogancia contra los dolores sociales.

LÚCAS AYARRAGARAY.

"MÚSICA PROHIBIDA"

Hay evoluciones que se producen en sentido contrario; las de Alberto Ghiraldo y Leopoldo Lugones, por ejemplo. Frisando en la misma edad, actuando en el mismo ambiente, participando de un bienestar material casi análogo, la evolución de las ideas ha diferido en ellos de una manera notable. Lugones inició aquí su carrera político-literaria por una profesión de fe socialista.

Sus palabras brotaron empenachadas de llamas, como encendidas crines de caballos en un lienzo fantástico.

Durante un período largo y brillante de su existencia, experimentó la embriaguez de la sangre, a semejanza de aquellos poetas que no pueden componer sino a base de alcohol. Su misal era rojo, según su propia denominación, y sobre sus páginas inflamadas, vibrantes de prematuros ardores, olientes a piel áspera de caníbales, corría el líquido caliente y nutritivo de las justas degollaciones. Aquel espectáculo, renovado semanalmente, despertó vivo interés. No eran pocos los que, ansiosos por franquear también el círculo reservado a los elegidos, por ejercer de improviso el ministerio regenerador, la grande obra purificadora, esperaban la palabra profética con una especie de júbilo. Llegó un momento en que el rebaño se multiplicó considerablemente y en que el pueblo, ante cuyas murallas se arrojaban flechas tan peligrosas con el intento de redimirlo, iba a dar paso al pastor, abriendo las puertas de la ciudad, a fin de escucharle y juzgar por sí mismo la justicia de su discurso. Pero he aquí que el pastor, dando la espalda a los muros de la ciudad, abandonó al pueblo, y contra la creencia de los unos y la estupefección de los otros, desanduvo el camino, sin hacer oír su voz ni explicar a nadie la causa de su conducta. El rebaño enmudeció de vergüenza, pero en las calles del pueblo prodújose gran tumulto. La actitud del apóstol recamado de púrpura, que había hecho soñar en un aniquilamiento inexorable, en una visión caótica, donde el Océano convertido en una hoguera colosal desbordaría

sobre las ciudades rebeldes sus olas devoradoras y gigantescas, fué considerada como una victoria del amor sobre la violencia, de la virtud sobre el crimen. El rebaño, vuelto de su estupor, lanzó sobre él su anatema. Pero el Vidente ni siquiera se inmutó; mezclóse en las filas de donde había salido, y tras un lapso breve de tiempo abjuró sus creencias.

En Alberto Ghiraldo la trayectoria ha sido recorrida a la inversa. Del radicalismo ardiente, ha llegado sin transición al anarquismo militante. Nadie podrá negarle, empero, falta de seriedad en sus ideas, ni desconocer en su impulso una amplia fuerza expansiva, como no podrá negársele tampoco una fuerte energía de carácter. En la lucha se le puede apreciar mejor esta cualidad. Ghiraldo pone en sus convicciones una tenacidad singular. A la cabeza de un movimiento vuélvese todo acción, todo empuje, desconoce el peligro, y aunque no ignore las consecuencias si falla, marcha sin intimidarse.

Su alma tiene el temple de las finas espadas toledanas. Como buen esgrimista, plácele combatir, exponerse al hierro del adversario, rozarse en la briosa refriega, probarse, finalmente, en toda suerte de duelos. Aunque la fortuna le sea adversa, su propia naturaleza lo pone al abrigo de una contaminación, porque el andar erguido de su alma no significa solamente un hábito de la disciplina, sino una facultad que le es peculiar, con la cual ha nacido. Idealista por temperamento, ha dado toda su actividad y la porción más preciosa de sus sueños a la causa revolucionaria. El movimiento lo ha envuelto en su ola inmensa, arrullándolo con su música un tanto vaga y lejana, meciéndolo en sus vaivenes, exponiéndolo a la aspereza de las rocas vetustas, sin apartarlo jamás de sus playas, ni sugestionarlo con perspectivas más halagadoras. El miraje no le seduce por consiguiente, acaso porque no ignora su duración pasajera y la naturaleza asaz tenue y ligera de que se forma. Como buen peregrino, ha de cruzar el desierto deteniéndose ante el oasis risueño. Pero por más cruel y penoso que resulte este viaje, aunque la fatiga lo agobie y las arenas ardientes destruyan

sus pies, su voz se levantará en el silencio de los campos impregnada de una unción religiosa, entonando al atardecer, al compás de la lira, el salmo grave e implacable de las reivindicaciones supremas.

Toda su poesía, la de estos últimos años por lo menos, sin excluir la amorosa, tiene el mismo sello de cólera, el mismo acento de angustia, la misma tendencia humanitaria, el mismo carácter doloroso, imprecador y terrible. El ideal revolucionario se vislumbra, como una aurora, en su lejanía escarlata. El poeta apresura su paso, a fin de aproximarse a él velozmente. Lanza sus bravíos apóstrofes con la antorcha encendida en la mano febricitante, incita rudamente a la acción con el verbo llameante, castiga con su palabra la frente de los monarcas y de los déspotas, y como si la hora del triunfo hubiese ya sonado, como si la montaña formada por todos los errores y tiranías hubiese comenzado a desmoronarse bajo las picas y las hachas de los invasores, cabalga sobre su fantasía, da rienda suelta a sus sueños, siente correr por sus venas el sacro entusiasmo de la victoria largamente esperada, mientras la roja bandera se despliega en un gesto amplio y heroico sobre el horizonte y el crepúsculo cae, como un duelo, sobre las ruinas de las ciudades malditas.

El espíritu del artista, aun el de los más rebeldes al misterioso poder del encantamiento, descendiente de la ilusión y del ensueño, no puede desprenderse, y por eso vive, en un país único de belleza, de esa dulce ilusión a travês de la cual las cosas más imposibles y remotas adquieren una realidad inmediata, casi palpable.

Alberto Ghiraldo cree, como buen poeta, en un imperio de dicha para sus semejantes, en una era dulce y amable, en que los hombres sabrán amarse y comprenderse, donde la igualdad perderá su carácter quimérico, y el amor, la prudencia y la sabiduría, como la fruta de los árboles en los días edénicos, estarán al alcance de todos.

No seré yo, ciertamente, quien procurará disuadirle. El ideal aparece ante los ojos del soñador como una cima colmada de prodigios. De él se extrae el único metal digno y noble, el único per-

durable para acuñar pensamientos capaces de sobrevivir a la eternidad. Es menester sentirle con intensidad, experimentar sus caricias y sus flagelaciones, abordar con dulzura y paciencia su misterio, de una profundidad enigmática, consagrándose a él con la misma exclusividad y la misma abnegación con que el suicida se consagra a la muerte.

Precisamente por no ignorar el sacrificio de que Alberto Ghiraldo ha dado ejemplo y la ascética austeridad de su apostolado, es por lo que no deseo manifestarle mi escepticismo.

Lo que me mueve a aplaudirle es su actitud. Ella tiene mucho de paladinesca. Verdad que el caballero no va recubierto de duro acero, ni esgrime en su mano desprovista del guantelete, la espada tajante y orgullosa de los antiguos señores. Y a fe que no la necesita.

Le basta con mostrarse desnudo lanzando desde su roca, elegida en el sitio más alto de la montaña, anatemas horrendos contra los réprobos y los opresores, nobles frases de aliento sobre los desheredados, palabras llenas de esperanzas para los irresolutos y de indignación para los indiferentes.

Para el Arte poco o nada significan la derrota o el triunfo del poeta. La posteridad no le pedirá cuenta de sus acciones, sino del ritmo de su lira.

Si el ritmo es encantador, si bajo su influjo se deslizó la emoción, como un hilo de agua bajo los pedregullos de los peñascos, si los corazones latieron a su unísono y su música conmovedora se derramó hacia el exterior cual un precioso perfume, entonces habrá siempre manos piadosas que dejarán caer, entre ademanes reconocidos y fugitivas sonrisas, algunos pétalos delicados sobre su obra. ¡Y éste es, sin duda, el mejor homenaje, la aspiración más hermosa que puede aspirar un poeta sobre la tierra!

EUGENIO DÍAZ ROMERO.

(De «Mercure de France».—París).

"MÚSICA PROHIBIDA"

He leído «Música Prohibida», *hermosa y valiente manifestación de un espíritu artístico, de rigorosa envergadura y potente vuelo.*

No sé conque composición quedarme. Todas son bellas y atrevidas y quedan, hasta ahora en la Argentina como la más fuerte y original revelación de un poeta que no ha necesitado cruzar el océano para buscar temas dignos de su inspiración y de su musa.

Bello libro y bello poeta, fruto de un luchador y de un hombre vaciado en una sola pieza, merecedor de todos los aplausos, superior al medio en que se desarrolla y cuyos ideales de igualdad humana son hondos y arraigados. Va mi aplauso mezclado de respeto y admiración. ¡Salve poeta!

Luis Berisso.

EPÍSTOLA CRÍTICA

Señor Alberto Ghiraldo.

Presente.

Buenos Aires 6 de Mayo de 1911.

Distinguido Caballero del Ideal:

Usted es «avaro de sus dedicatorias» i yo de mis impresiones porque no sé expresarlas bellamente como ansío; pero ha sido tan supremamente halagüeña para mí la suya, i por ella i por sus libros estoy tan agradecida, que aquí van ellas, escapadas de esta pluma indigente.

Comienzo á leer «Música prohibida»—¿Por qué prohibida? Con «Germinea» me parece lícita i santa. ¡Es tan «noble» «el himno del germen i el fruto»!

¿I ese «Día de Enero», esa descripción que da calor en otoño, seguida del poema de vida «la pareja amante», que vive «de sol, de auras, de brisas, de aromas, de quimeras i de incendios»? Eso es música sagrada.

«La voz matinal» me encanta con su claridad i su belleza. Todo el primer acto de «Chantecler», del divino Rostand, está en los primeros versos. Quisiera transcribirlos todos. I el cuadro de esa «alba espléndida», yo, no «artista», pero sí «el que siente», lo he visto con estos ojos que tienen pupila i retina, pero ahora lo veo magnificado, idealizado, con los otros ojos que, sin humor vítrio ni cristalino, ven mejor, ven pensando con admiración cariñosa en aquellos que, desfallecidos, después de larga carrera, van á «caer de rodillas», pero «crean energías sus miembros». ¿Prohibida esta música? ¡Oh, no! Bendita, reconfortante!

Conozco á las de la «carne enjaulada, pensamietno libre» de «Rejas de oro». I no prohibido, moralizador i sacro es el apóstrofe: «¡Triste producto de un orgullo necio!»

A las «Caras» las he visto también en la realidad, pero necesité que me las nombraran para conocerlas. A las de usted, Poeta, las he reconocido sola; con admiración á la de «la pupila azul, serena y noble», con simpatía á la de las «dos rosas»; con lástima á la «tiesa, adusta i dominante»; fraternalmente a la que «peina canas», i que «lleva en el gesto algo que dice que del pesar la imagen la acompaña»; dolorosamente á la que «ríe i hace muecas»; i con serenidad indiferente á la que va sola, «custodiando á la grave caravana».

Cuando al salir de la «Comedie Française», en París, releía cada vez los versos de Musset que están grabados en su estátua, «Rien ne nous rend si grands qu'une grande douleur», ¡quién me hubiera dado la fruición de saber i decir que «uno de los más nobles espíritus de mi tiempo i de mi raza»—que dice San Martín—lo había escrito con más propiedad, con más intensidad, con más fluidez que el poeta de Francia! «¡Que el dolor es la cumbre de las almas excelsas!»

¡Poeta! ¿Por qué blasfemó llamando prohibida á su música? ¿Qué Ligas antialcoholistas, qué dramas de Brieux, qué legisladores autores de proyectos de protección á la niñez, qué Ferrés, qué curas, desde sus cátedras, «soi disant» sagradas, han hecho

nada en contra del vicio, en edificación de las madres, en conmiseración del pobre niño explotado, que hable á las almas como su «Gorrita»?

Sí ¡«Infancia feliz»! Oh, los recuerdos tristes de los que de niños se oían amenazar á cada instante: «Dios te va á castigar». Ha hecho obra santa, Poeta, con sus versos que dicen «Dios es el miedo». Por un niño á quien haya usted logrado que se deje de martirizar con la vida de ese Señor malo i vengativo que anatematizó Hugo, su «Música» será para cantarla en las escuelas del porvenir.

Ay, su canto á Lutecia! Decirle lo que mi alma se lo ha agradecido! «La prosa no basta para decir estas cosas». Cierto! Ciertísimo! Gran verdad! París!

«Cuando te hirió la suerte
en la trágica noche de tu historia,
en estertor profundo
la tierra se agitó, porque al herirte,
herido había el corazón del mundo».

Yo en mi pobre prosa así lo decía, así lo rezaba al pasar por las fortificaciones con huellas prusianas, al mirar el sitio de Versalles que pisó el falsario de Ems, el odioso Bismarck, i ese otro odioso Moltke, tan hábil para hacer de los hombres máquinas de matar. Así vivía yo también «la vida de su historia»; me «dolían sus heridas», me «supuraban sus llagas»; sus cilicios «abrían mis carnes». «Tú eres cerebro i eres brazo» gritaba mi alma desde la terraza del Arco de Triunfo de la Estrella. I en la Lutecia de César, ante el Sena cuyo «hielo ha derretido la sangre ardiente de sus héroes»; ante las torres de «Notre Dame», «Les tours au front orné des dentelles de pierres», al subir la escalera misma que subió Hugo, leyendo en todos los muros la palabra griega que significa la fatalidad de la suerte inexorable, el «Avxyxn», que fué la obsesión del Poeta; mirando el campanario donde surgió en su mente el

símbolo de la fealdad animal profesando la inconciente religión de la belleza, el Quasimodo y su antítesis soñada, la Esmeralda, de gracia i de encanto; mirando en fin todo lo que en esa ciudad. «Resumen de Universo» que dice usted... todo lo que en ella fué laboratorio de luces de libertad, de placeres, escenario de santas rebeliones, de triunfos redentores, cuando yo deseaba besar cada piedra, me decía que mi emoción era egoista, que yo rendía culto. no á la ciudad con cuya «leche fecunda hoi se alimenta la progenie humana», sino y solamente á la que vió nacer á mi padre, á la que lo vió en sus calles con los bolsillos llenos de «La Liberté de Penser»—prohibida por el salteador del 2 de Diciembre—repartiéndola clandestinamente; la que lo vió salir para el destierro. Eso me decía yo: no es esto el homenaje de una alma que se inclina ante la que «lleva el cetro de las almas, encarnación de todas las ideas», sino un simple, inconsciente fenómeno de atavismo. I ahora. usted, con su hermoso «Canto á Lutecia», ennoblece mis impresiones, las legitima, les da realce.

Como usted, cuando yo vivía en una aldea mediterránea, sin libertad i sin recursos, preguntaba á Dios, á Ananké, á Sibila si podría «un día ir á beber en sus castalias», y, como usted, creía en «la fuerza de las cosas». Y fuí.

. . . .

Su «amiga desconocida»,

FRANCISCA JACQUES.

(De «Mundo Argentino».—Buenos Aires).

Alberto Ghiraldo

El autor de «Música Prohibida» es un hombre peligroso: Tiene alma. No imita a Verlaire, ni a Hugo, ni al diablo. Pasa por este valle de lágrimas, como un león enfermo, la pupila constelada de trágicas visiones.

Cuando amarguras muy hondas, sacuden el cordaje destemplado de sus nervios, las ideas en rudos tropeles, se le agolpan bajo las bóvedas del cráneo, como fuga de astros locos, que cruzaran con rumbo a los divinos países del Ideal.

Entonces despliega sus rojos oriflamas, como desplegaría una tormenta, como desplegaría un huracán que fuese un incendio tendido de polo a polo. Y canta o ruje, poniendo el quejido de un trueno en cada nota, en cada verbo un doloroso desgarramiento de clarines, en cada estrofa un corazón que salta hecho pedazos.

Este bárbaro, tegiendo bravamente la soga de sus rimas, ha colgado a Dios de la estrella más alta. Desde entonces Dios ha muerto.

Tiene una pluma que parece un hacha y un hacha que semeja un rayo donde clarea su alma en que fermentan todas las rebeliones de la tierra.

Serenamente, bajo la noche torva de los grandes crímenes, se ha puesto del lado de los que sufren. Sus manos, dijéranse dos garras, van comprimiendo la sangre que brota a torrentes de las arterias leprosas de los que tienen sed, pero no tienen agua; de los que tienen amor y solo encuentran el hocico de las fieras donde chorrean las hieles de la Injuria.

Ha puesto un beso luminoso en las llagas del pueblo. Las llagas del pueblo que se dilatan a manera de rúbricas feroces sobre la frente de las multitudes y que se ostentan bajo la gran claridad del sol, rojas y bravas, como las condecoraciones de la Injusticia.

Su voz resonante como la polifonia de los vientos, es más fuerte y sonora que la voz de los cañones, esos cíclopes que miran con un ojo de acero en la frente.

Es la protesta humana que habla con rugidos de marea, con truenos de océano.

Por eso sus estrofas son el quejido de los miserables. Ignoran las gamas del iris, las voluptuosas decadencias del color y del ritmo, el perfume de las carnes y de las sedas y el arrullo de los violines que lloran y lloran sobre las agonías de un ensueño.

Sus versos, versos duros, versos de hierro, van como serpientes convertidas en relámpagos restallando el cuero de todos los opresores, tal como una disciplina de bronce, que provocara allá en la pampa una fuga de centauros.

De ahí que sus libros sean rojo y negro. Rojos como una tempestad de llamas y negros como un gran dolor.

En ellos predica el anarquismo, el amor a los que sufren, la gran gloria de la vida.

Ghiraldo me produce le sensación de un loco que estuviera aventando montañas en el abismo.

¡Guay de nosotros si el abismo se colma! ¡Si los desheredados, si los tristes, en vez de clamar se hacen justicia ellos mismos! Ya os he dicho: este es un loco peligroso, que guarda una estrella en el cráneo y cuya melena de león y de poeta florecerá en un mar de llamas.

Si los fariseos del presente no fueran cincuenta mil veces más cobardes que los de hace veinte siglos, yo les gritaría: compañeros, aquí hay un hombre bueno:

¡A crucificarlo!

Y quedarías, ¡oh, hermano! como un águila muerta sobre una cumbre.

JOSÉ DE SAN MARTÍN.

(Del libro «Mis profetas locos»).

Música prohibida.—El poeta

Con «Música Prohibida», *entramos en el verdadero jardín espiritual de Ghiraldo, en aquél en que florecen las más bellas de sus ilusiones, en que fulgura la luz más intensa de su propia personalidad. Ya he dicho, confirmando las palabras de Carvalho, que el verdadero espíritu de Ghiraldo, es el poético, y eso hemos podido comprobarlo al analizar sus obras anteriores en que aparece por*

encima de todas sus cualidades la condición del lírico, animando con extraño soplo todas sus producciones.

En «Música Prohibida» *se encuentra Ghiraldo en su verdadero elemento, sin la esclavización que impone la concepción filosófica de sus trabajos sociológicos, sin la coerción de la prosa en los asuntos donde no se puede dar rienda suelta al lirismo sin caer en el amaneramiento.*

«Música Prohibida» *sale del estrecho marco de las obras poéticas de un ambiente en que la poesía parece proscripta por ley misma de las condiciones económicas y políticas del país. Entra de lleno en lo altamente poético, en lo que es característico de la verdadera poesía, en la eminentemente personal interpretación de los aspectos y cualidades del universo visible y de la misteriosa región del espíritu.*

Pocas veces como en ese libro se ha dado cuenta más clara de lo que puede llegar a ser la poesía americana, cuando sus cultivadores se dignen volver sus miradas a lo que les rodea y dejen de cantar no lo que es ajeno a su ambiente, sino lo que es extraño a esa su espiritualidad que es perpetuamente renovada por la diversidad de condiciones que la vida americana impone a los artistas de este continente.

Ghiraldo, dejándose llevar por su temperamento de batallador, ha realizado lo que debieran de hacer todos los poetas que quieran ser verdaderos hijos de su tiempo y de su tierra. Ha dejado en completo olvido las tradicionales fuentes del pensar importado del viejo mundo como una moda y ha emprendido eso que siendo tan de él, es también muy de la raza: la transformación del verbo lírico apegado a lo europeo, para producir un comienzo de arte netamente americano.

Si el arte debe ser un producto genuino de la raza, y, más que de la raza, del ambiente, es lógico suponer que se debe de expresar todo sentimiento en la nueva forma que la transformación sociológica impone, esto es, que no se debe de ocultar ninguna de las condiciones particulares del nuevo vivir así sean las más desfavorables o las más benéficas.

La tierra americana es un escenario en el que actúan todas las razas del viejo mundo, con sus miserias y con sus glorias, fundiéndose en el crisol de las necesidades para producir una nueva y tal vez más hermosa interpretación de la vida. Los prejuicios que en el antiguo mundo eran moneda corriente, aquí desaparecen arrastrados por el aluvión de las neesidades humanas, imponiendo el razonado equilibrio de un criterio ecuánime y digno.

América modifica las condiciones del vivir, así material como moralmente; pone una serena interpretación de las cosas como norma de conducta y establece una más alta comprensión de la bondad y de la dignidad humana.

En esta forma, el arte de América debe ser, forzosamente, diverso de lo que es el arte europeo, y esto es lo que no han querido comprender los que sujetan los nobles impulsos de su inteligencia a la caprichosa dominación de la moda en criterio estético.

Ghiraldo, comprendió que el verdadero poeta de esta América, no podía ser el hombre débil que canta melancolías porque están en moda en los salones de París e impuso el sano criterio dignificador de su voluntad, abriendo un camino que bien puede ser el verdadero. Comprendió que debía cantarse algo de esa pena que empuja al inmigrante, algo de ese ensueño que guía al pobre que llega aquí alentado por la vaga esperanza de la redención por el trabajo, algo de esa quimérica bondad que llena los campos silenciosos y semi abandonados en las tristes noches de la pampa...

Y siendo así su musa, su libro debía ser una verdadera música prohibida, una música en la que alentara la desoladora angustia de todas las quimeras que el nombre mágico de América parece prometer a todos sus enamorados, pero que infelizmente, no cumple sino a muy pocos de ellos.

Trabajos y penas, ensueños y desengaños, ansias de ideal y bárbaros aplastamientos, todo esto debía de resumir en sus cantos la verdadera musa continental, como en otros tiempos la de Andrade concretaba las esperanzas de la época, traduciendo bajo forma artística las condiciones generales del vivir colectivo.

En el libro de Ghiraldo desfilan todas las grandes causas que América ha hecho suyas, y el poeta se complace en poner la nota desgarradora de su violencia y de su ironía, sarcásticamente subrayada, para hacer más doloroso el contraste, hasta en aquello mismo que debía de serle más resguardado por ser lo más americano. Pero ya hemos visto que el poeta no siente el fanatismo patriótico. El se muestra un hombre, un hombre de verdad, y cada día que pasa no hace más que acentuar sus cualidades de violenta oposición a todo lo que pueda estorbar su libertarismo.

En «Música Prohibida», *canta el hombre, no el monigote decorado con la magia del artista; canta el hombre que se siente desfallecer de amor fraternal hacia todo el que sufre y que no quiere pensar en la esclavizadora concepción patriótica porque jamás ha necesitado de tales hipótesis para concebir al hombre, como Laplace no necesitó de la hipótesis-Dios para concebir al universo.*

Por este gran afecto de fraternidad que le distingue sobre los demás poetas de la América, es Ghiraldo el único entre las nuevas generaciones que encarna el aspecto más bello de la musa continental, musa generosa y noble como la misma tierra, que a nadie niega sus dones, sencilla y buena como una madre.

«Rebelión», he aquí lo que debe de ser la musa de América y esto es la musa de Ghiraldo, rebelión contra las esclavitudes, contra las tiranías, contra los dogmas, porque nada de eso puede caber en la tierra nueva que surgió un día del mar predestinada para la libertad y para el bienestar del hombre. América «fué» para que la humanidad harto tiempo cohibida en el estrecho límite de los viejos continentes pudiese continuar «siendo» sin coacciones del hombre sobre el hombre. La musa de América, debe de ser, pues, una musa de libertad y de dignificación para las razas. Y he aquí como podríamos probar que la musa de Ghiraldo, acusada de ser poco o nada americana, es la única que merece ese nombre.

Las impulsiones de la rebelde musa de Ghiraldo, se demuestran cuando el poeta, abandonando por un instante su actitud bellamente atrevida, de cantor de las miserias sociales, eleva el himno

sereno y digno de la intimidad en que mejor se comprende su alma.

Así aquel pequeño poema en que exclama, dirigiéndose a la amada para decirla el misterio de su espíritu:

Soy un apóstol—lo he dicho!—
De una idea salvadora,
Idea de redención
Que por la raza labora.

Soy como el porta bandera
En una lucha gloriosa,
Donde se muere triunfando:
—¡La vida siempre es aurora!—

Y es el convencimiento íntimo de un noble y alto deber a cumplir el que llena sus cantos de una extraña vida, de una vida de fuerza y de energía que en cierto modo sólo es comparable a la del gran poeta flamenco Verhaeren, el cantor de las landas y de las hórridas quimeras que en el alma de Flandes dejó la dominación brutal y torturadora de los compañeros del duque de Alba.

Como Verhaeren, Ghiraldo tiende sus miradas a lo más brillante de un porvenir cuya misma belleza quizá sea su principal elemento negador de su realidad futura.

Sueña, Ghiraldo, con las brillantes mañanas aurorales de lo que vendrá y eso lo dice en himnos de una rara belleza, en los que vive y palpita el ansia misteriosa de todas las quimeras de una humanidad esclava. Y para cantar debidamente sus himnos, llama a sí a los que han de formar el coro que responda a sus interrogaciones con el gesto de la realidad más alta.

¡Conmigo los hambrientos y los tristes!
¡Conmigo los malditos y desnudos!...

Y su voz truena como una conclamación de las dispersas volun-

tades, para emprender el asalto audaz y definitivo a la gran fortaleza de las injusticias legalizadas por la violencia de arriba.

Incita a la rebelión, convoca todas las energías destructoras que laten en lo hondo del corazón humano dolorido; pero, es al mismo tiempo, por natural y legítima compensación de angustias, el constructor de los nuevos edificios de la voluntad y de la felicidad, como un nuevo Solness que después de haber soñado en vano con todos los ideales del mundo, intenta un último esfuerzo libertador de sí mismo.

Sus «Himnos de las Ciudades» son de una sugestiva belleza épica y hay en sus poemas de «Alba roja» toda la fuerza de una formidable negación creadora.

Recordemos aquella composición titulada «La huelga» en la que el poeta puso toda la concepción del arte de la época de luchas y de agitaciones en que vivimos, señalando el camino a los poetas que han de venir, para la glorificación de todas nuestras angustias, en el debatirse doloroso de lo que tal vez no tenga resonancia material en lo futuro.

Hay iras, hay volcanes de venganzas
En esos pechos piedras de martirio,
Hay odio y sed, hay hambre y hay rencores
Acumulados desde muchos siglos,—
Es sombra y es dolor, luz y amargura
De cien generaciones de vencidos.

Eso sale a los rostros, eso emerge,
Cual luz roja, del fondo de un abismo,
En esos ojos que irritó la máquina
Que debió ser la redención del siglo.

Esclavos! si el progreso es el tirano,
Caiga el progreso, el bárbaro enemigo
Es máquina de muerte; donde impera
La razón, el fusil es crucifijo.

Caiga el fusil, la cruz, los que la plantan,
Sea nuestro dolor riego atrevido:
La semilla fecunda del futuro
Es sangre y luz de todos los martirios!

Así canta el poeta en la exasperación de su inteligencia dolorida por la torturante dilaceración de la miseria humana y de las injusticias que se dicen irremediables, porque en ellas entra algo de egoismo malsano y cruel.

Y todo el libro es así, un canto de vigor y de ímpetus vibrantes, en la dignificación suprema del hombre convertido en amo y señor de sí mismo. Todo el libro es un canto a la vida digna, tal como puede entenderla un poeta que es, más que otra cosa, un hombre— aún siendo un poeta de verdad.

Y ese poeta no olvida que el principal elemento de eficacia en toda obra de arte es la belleza, que ha de ser más serena, más sencilla, más depurada de vanas y estériles contingencias cuando se dirige a todo un pueblo, a toda una masa de hombres, la mayoría de los cuales no sabe de las sutilezas en que se complace la casta privilegiada. Entonces el verso es en Ghiraldo de una no común serenidad y dice en cortas frases todo lo que en otros sería larga e inútil divagación.

Así estas «Definiciones»:

La tristeza es la sombra que perdura en la vida,
El amor es la estrella que rutila en las almas
Y el ensueño es la herida.

La esperanza es la alondra que nos canta su canto
En las notas eternas de la lira sagrada
Cuando brinda la pena su gota de llanto.

La pasión es el grito que al amor hace fuerte,
La virtud es derecho de los seres sin mácula
Y el placer es la muerte.

Visionarios que al cielo levantáis las cabezas
Coronadas de lumbre, no olvidéis en la marcha,
Que el dolor es la cumbre de las almas excelsas.

El símbolo es claro, terminante, definitivo, más puro que si se envolviera en la obscuridad de las incomprensiones a la moda.

Y para terminar con esta nueva faz de las muchas que ofrece el talento de Ghiraldo,—véase el símbolo que encierra la siguiente poesía, una de las que más hondamente han hecho pensar a los mismos lectores a quienes entusiasmaba la proclamación de «Clarín» y otros poemas de «Música Prohibida».

Pensar que el casco de oro mañana ha de ser blanco,
Pensar que esas mejillas ha de secar el llanto
Y que en la boca roja, donde alegría muestra
Su arabesco de triunfo, ha de dejar siniestra
Marca la honda congoja, lote de cada vida!

Pensar que el alabastro de tus carnes, mañana
Ha de perder su encanto para ser cosa vana
Y que el llamear altivo de tus ojos azules
Ha de ser sofocado por los sombríos tules
De la vejez innoble donde todo termina!

Pensar que no hay más que una sola verdad, terrible,
Que a todos nos alcanza siendo al par invisible,
Pensar que el más soberbio de los hombres inclina
La cabeza, cuando habla la que, augusta, domina!
¡Oh, muerte, vil tirana, abuela del dolor!

Pensar que sólo hay una juventud y que todo
Va por un mismo cauce, a perderse en el lodo;
Pensar que el mundo muere de vejez, putrefacto,
Y que no hay nada puro, porque no hay nada intacto:
¡Así el sol con sus manchas, así Dios con su sol!

Y este es, para mí, el verdadero Ghiraldo, el de las grandes síntesis, el que resume en la estrechez de cuatro versos todo un pensamiento de alta filosofía, como pudiera haberlo hecho aquel admirable Kayyam, el persa cantor del zumo rojo de la tierra, que disputaba con Dios en sus divinas borracheras...

Juan Más y Pí.

(Del libro «Alberto Ghiraldo».—Buenos Aires).

DE LAS ESTACIONES



GERMÍNEA

Vestida con traje de fiesta, la diosa
Saluda: va en triunfo; desata,
Del casco que ciñe su frente, una rosa
    Que arroja a las auras tranquilas.

Estalla en los aires la flor escarlata
—Que es flor de la vida, fecunda y gloriosa—
Y entonces la tierra, madre victoriosa,
    Se alegra, perfuma y anima.

Así soberana y así cariñosa
Llega Primavera, la profícua diosa
Que, abajo del húmus, las raíces ata
Del árbol de vida.

*
* *

De pronto las auras, en ondas quemantes,
Pasan. ¿Qué sucede? Regadas las flores
Han sido: la diosa su copa ha volcado;
La copa repleta de néctar de amores.

Y entonces un himno jigante se escucha,
—Mil voces que vibran formando una sola—
Es el himno del gérmen y el fruto,
Mas noble que el que alza, clamando, la ola.

♣ ♣ ♣



DÍA DE ENERO

I

Todo suda, transpira, se derrite
Como al contacto de mortal incendio.
De la calle asfaltada sube un vaho
Que sofoca; las casas son de fuego
Y hay cansancio en el aire. El sol, a plomo,
Cae sobre la ciudad; siéntese el peso
De honda fatiga; el músculo rendido
En aquella batalla de elementos
Vá a claudicar; diríase que todo
Lo que anima se dobla ante el inmenso
Bochorno: ¡hasta el espíritu naufraga
En aquel colosal enervamiento!
¡Y es el mundo una hoguera, porque ahora
Hasta la misma atmósfera está ardiendo!

II

Brisa fresca, del Este, aura de vida;
El día ya pasó, pasó el incendio.
Después, como un espíritu tranquilo,
Llega, amable, la noche y su cortejo.
Hay perfume en los aires, todo rie
De amor, como impulsado por aliento
Nuevo y fecundo. La pareja amante
Cruza feliz camino de Palermo.
Ellos viven de sol, de auras, de brisas,
De aromas, de quimeras y de incendios.

♣ ♣ ♣



OTOÑAL

Es un paisaje agreste: el viento calla,
El sol se apaga tras la nube densa,
Hay calmas de presagios en la atmósfera
Y allá, abajo, rezonga la tormenta.

Reflejando en cristal sombras de sombras
Un hilo de agua a nuestros pies serpea;
En quietud de amenaza huye la tarde
Yendo a esconderse a espaldas de la sierra.

De pronto no es murmullo sino grito
Lo que se oye allá abajo; el campo tiembla
Ante la voz del vendaval y una onda
Fría, glacial, circula y nos penetra.

Hiere la luz del rayo; en la hondonada
Se encajona el turbión; ruje y revienta.
El pasto tierno se doblega y muere
Y el pájaro agorero baja a tierra.

Un potro negro cruza la llanura.
Va ciego, loco, con la crin revuelta,
Hacia el mar que, allá al frente, lanza el salmo
Eterno de su queja turbulenta.

Entonces, dando rienda a los corceles
Azuzados a látigo y a espuela,
Entramos, victoriosos, en la noche
Galopando con rumbo a la tormenta.

♣ ♣ ♣



NOCHE DE INVIERNO

I.

Cruzo las calles bajo la sombra.
La ciudad duerme; cae lluvia fina
Y un viento frío corta la lluvia;
Sobre los vanos la arremolina,
Juega con ella, la alza en retazos
Hasta la altura de las cornisas;
De allí desciende, resbala, loco,
Por la cubierta de una vitrina
Y al fin, bramando, la azota, ciego,
Contra la cara de una mendiga!

II

Voy de paseo bajo la sombra.
Allá, a lo lejos, cual la pupila
De un mónstruo, vése una luz; es roja
Como la sangre, por eso brilla
Con tanta fuerza, por eso irradia
Sin que la opaque la lluvia fina.
La luz que avanza, color de sangre,
A un carro negro sirve de insignia.
Nos encontramos en el camino,
Y al encontrarnos mis ojos miran:
¡Miran y saben que el carro negro
Lleva el cadáver de la mendiga!

♣ ♣ ♣

CORO DE VOCES



LA VOZ MATINAL

I

Los avispones zumban bajo el alero,
En el corral el gallo lanza su alerta
Y en el fondo del bosque todos los pájaros
Vibran himno gigante porque despierta
El sol y la esperanza; vuelve a la vida
El mundo como un niño que abre los ojos
Tras la noche apacible de encantos llena;
Allá en el horizonte, lucen los rojos
Del astro que, soberbio, fecunda o taja,
Que dá luz o la quita, segun la suerte,
Pues que tambien tranquilo mira a los hombres
Caer bajo sus rayos que dan la muerte
En medio de los trojes del trigo rubio
O en medio de los campos hechos jardines.
¡Que la tumba vá abriéndose paso entre flores
A las que ama y seduce para sus fines!

II

¡Alba espléndida! Un cuadro en cada sitio
Vé el artista, vé el hombre, vé el que siente.
Aquí el monte recórtase en el fondo
De un cielo añil (diríase doliente
Porque es terso y bruñido, cual sereno
Pesar) allí un arroyo se desliza
Manso como existencia silenciosa,
Lo agita apenas la temprana brisa;
A su orilla un caballo tiembla y suda,
Está sediento; bajo el grande toldo
De la noche ha corrido treinta leguas
Esquivando un incendio; aun el rescoldo
Parece que le escuece en las ijadas.
De pronto desfallece, se le arquean
Los remos, otro instante y se creería
Que va a caer de rodillas, pero crean
Energías sus miembros y, valiente,
Hunde sus cascos en la linfa pura.
Así triunfan algunos en la vida:
Cuando van a morir la frente dura
Alzan ante una fuente de placeres.
¿Es el premio al esfuerzo? Nó, no hay premio:
Es la vida, nó más; la vida inmensa,
Vária, compleja, múltiple proemio.

Cabe el añoso sauce, en la enramada
Rie el amor en ojos de paloma ;
Cruza la garza blanca como un copo
De espuma por los aires y se asoma
Su figura a mirar en algun charco,
Cual niña vanidosa se contempla
En todos los espejos de la calle.
Gaucho poeta los cordajes templa
De su guitarra ; al viento va la trova
Y allá, en el rancho, un corazón amante
La recibe y contesta en el misterio
De un suspiro tan hondo cual vibrante.

III

Todo palpita, muévese o sonrie
De la vida exterior bajo los mantos
Y en mi mundo interior, en mi floresta,
Canta el pájaro azul todos sus cantos.

♣ ♣ ♣



LA VOZ DEL DESIERTO

La tarde se iba; con traje de seda
Llegaba Crepúsculo; Ocaso, violento,
Marcaba una línea de sangre en la bruma
—Del astro del día postrer centelleo.—
Entónces doliente, vibrante armonía,
Se alzó, soberana, la voz del desierto.
Y esa voz decía:
                                        De todas las almas
Que sufren y lloran yo soy el lamento,
De todos los tristes del mundo, de todos
Aquellos que llevan—insignia de duelo—
Bandera de luto, caravana eterna
Que marcha en la sombra con rumbo al Silencio!

Yo sé de los gritos, yo sé de las lágrimas,
Que vierten los ojos, que lanzan los pechos
Heridos por fuerte congoja; de todos
Los negros espíritus que quema el incendio
De enormes pasiones, de bárbaras iras,
Narrando el suplicio vá, heróico, mi acento.

La voz se hizo débil, y, allá, en la quebrada,
Cual ruido monótono, fué así repitiendo:
Yo soy como un eco de todas las penas;
La angustia del hombre vá en alas del viento...

♣ ♣ ♣



LA VOZ DE LA OLA

El viento ruje su canción extraña.
La ola salada, triunfadora, invade
El arenal estéril; ya ha cubierto
La roca más altiva; ahora se expande
Con impulso espasmódico en la triste
Llanura, hasta que reina en el salvaje
Escenario.
Entonces alza un clamoroso
Grito dominador y se diría
Que está al Cielo retando; tal su acento
Resuena.
Hasta aquí llego, dice el grito;
Encajonada estoy, más me desbordo;

Fermentos del abismo me dan fuerzas
Y ánsias de libertad llevo en mi seno
Para inundar el orbe.
Soy un símbolo
De rebelión; mi cresta es mi bandera
De combate; y es blanca y luminosa
Como ideal; sobre mi lomo esplende
Como aureola.
¡El himno de la muerte
Con bandera de luz cruzo cantando!...

* * *



LA VOZ DE LA NOCHE

I

¿Quién puebla los aires con himnos de muerte?
¿Quién suena campanas con sones de duelo?
¿Qué dicen? ¿qué quieren, rumores extraños
Que van por el mundo de heraldos funestos?

¿Quién toca las frentes dejándolas pálidas,
Así pensadoras, así con ensueños?
Ensueños que tienen tristezas de angustias,
Tristezas enormes, tristezas de cielo.

¿Quién dice el gemido del alma del mundo?
¿Qué lira gigante nos da su lamento?
—Acorde monstruoso de todas las penas,
Con todos los tonos, con todos los écos.—

¿Quién llega sonriente cantando exterminio?
¿Quién llega, emisario del negro Silencio,
A ponernos el sello en los lábios
Cuando éstos dan gritos de júbilo inmenso?

II

¡Ah! tú siempre flotando en las cosas
Inmenso, implacable, doliente *Misterio*,
Fatal, dominando las vidas, terrible
Tú siempre en las sombras, tú siempre en los vientos!

♣ ♣ ♣



LA VOZ DEL CAOS

Rumor de cataclismos; de batallas
Del Cósmos: elementos conjurados
Para el mal; universos sublevados
En el día postrer; sombras de vallas
Hechas de montes y olas; brillazones
Que amenguan el fulgor de las estrellas;
Iris total; crugidos de carbones
Encendidos con fuego de centellas
En la entraña del mundo; algo que pasa
En torrentes, con ímpetu de vida
Que vá a morir; sin forma: montón, masa
Luminosa, que rueda enloquecida.
Visión única:—luz, horror,—que indica

El desquicio final; conjunción de astros
Que se apagan en noche apocalíptica;
Iras de un Dios que destruirá sus rastros!

. . . .

Después la Sombra absorverá a las sombras.
¡Oh extinción absoluta! Caerá el velo
Sobre el drama jigante; caerá el cielo
Y el vacío será—*Cáos* te nombras!

♣ ♣ ♣

IRIS



REJAS DE ORO

I

Extraña es su belleza;
Sus ojos, tristes, tienen
Ténues fulgores de astro
En noche de tormenta—
Y es su porte de altiva taciturna
Que fuera anonadada en su grandeza.

Cuando irgue el busto dirigiendo a lo alto
La mirada, semeja
Un misterio enfrentado a otro misterio;
Entonces cae sobre la frente pálida
Una sombra: es la duda que aparece,
Inunda el rostro y paraliza el gesto.

II

Tiene cabellos rubios como Ofélia
Y se adorna con rosas los cabellos.
Cruza cantando una canción de amores
Que hizo para ella un trovador moderno,
Amontonando todas las cadencias
En el mosáico informe de sus versos.

¡Ay! Ella tiene la cabeza enferma
De Ideal y de Ensueño.
Y es una flor neurótica que vive
Alimentando con su propia savia
Los impulsos potentes del deseo.
—¡Carne enjaulada, pensamiento libre,
Triste producto de un orgullo necio!—

Hija de Histéria se consume sola;
Muere de amor, la extingue su veneno
Y el filtro cruel de esa canción de amores
Que hizo para ella un trovador moderno,
Amontonando todas las cadencias
En el mosáico informe de sus versos.



CARAS

...y, en tanto desfilaban, una voz misteriosa las iba nombrando así: la Gloria, el Amor, el Crímen, el Arrepentimiento, la Locura y la Muerte.

Van pasando en silencio—evocadoras—
Cual visiones que andan!
Van pasando en silencio; y todas tienen
Luz de dolor de refulgencia extraña.

Esta lleva en la frente una aureola;
La vista al porvenir, va a toda marcha
Y en la pupila azul, serena y noble,
Lo inmenso de los mundos se refracta.

Esta lleva en los labios entreabiertos
Dos rosas: una roja y otra pálida;
Las dos forman un símbolo de vida
Porque el amor es alma y es substancia.

Esta va tiesa, sin mover un músculo,—
Adusta y dominante, a ratos habla,
Y es su voz, voz de mando;—y esta tiene
Una sombra de luto y peina canas.

Esta lleva en el gesto algo que dice
Que del pesar la imágen la acompaña,
Algo que es a la vez mezcla de espanto,
De pasión en fermento y de nostálgia.

Esta va distraída, pero ríe,
Su risa suena a cascabel de plata,
Hace una mueca, se detiene y corre,
Hace otra mueca, se detiene y pasa.

Y esta va con un velo que la cubre
Casi hasta la mitad; rueda una lágrima
Por la mejilla al viento, y tiene toda
La apariencia de un lívido fantasma.

Parece encarnación de pavoroso
Sueño maligno, enorme se destaca
Del conjunto, y va sola, cual si fuera
Custodiando a la grave caravana.

♣ ♣ ♣



VA TRISTE...

Es ella! Y el murmullo del pueblo la sigue,
La sigue en el corso, do va triunfadora
La reina. Va erguido
El busto que tiene contornos de estatua.
Estatua de carne que deja en los vientos
Perfumes de un alma.

Es ella! Y el murmullo del pueblo la sigue;
La luz que la hiere le mancha la cara,
La cara de reina
Que sufre nostálgias
Que nadie presiente, que nadie adivina,
Que no tienen muerte, que no tienen causa.

Va triste la reina que triunfa en el corso
En medio del pueblo que bate sus palmas;
Va triste y sonriente: parece una estrella
Que tuviera un alma.





FLOR DE AMAPOLA

I

¡Qué horrible pesadilla! El ruin despierta
Pálido, sin color, como una estátua;
Los ojos como puños. En los labios—
Que hace un momento emblanqueció la rabia—
La mueca del espanto estereotipa
Su contorsión extraña.
El corazón, golpeándole en el pecho,
Gigante se dilata,
Y al sentirlo en la boca le parece
Que en convulsión estrepitosa estalla.

II

Fué un sueño: Eran espectros
En marcha hacia las sombras de un abismo;
Tenían caras de dolor y angustia
Y hacían malos signos.
En el fondo, bordeado de ceniza,
Reluciente y tranquilo,
Había un lago inmenso, sin confines,
De aguas profundas y de aspecto estigio.
Una bandada de águilas cruzaba,
Magestuosa y solemne, el precipicio
Y de un rincón del antro, desgarrantes,
Salían hondos gritos,
Como si fueran de almas mutiladas
Que estuvieran aullando su martirio.

III

Cuando alzó la cabeza, sacudiendo
Las pesadumbres de su mente trágica,
Tenía el ceño adusto, y se diría
Que en ella, persistentes, resonaran
Con ecos infinitos, perdurables
Los gritos de las almas mutiladas.



DEFINICIONES

La tristeza es la sombra que perdura en la vida,
El amor es la estrella que rutila en las almas
Y el ensueño es la herida.

La esperanza es la alondra que nos canta su canto
En las notas eternas de la Lira sagrada
Cuando brinda la pena su gota de llanto.

La pasión es el grito que al amor hace fuerte,
La virtud es derecho de los seres sin mácula
Y el placer es la muerte.

Visionarios que al cielo levantais las cabezas
Coronadas de lumbre, no olvideis, en la marcha,
Que el dolor es la cumbre de las almas excelsas.

♣ ♣ ♣

CINEMATÓGRAFO



GORRITA (*)

I

La noche caía sobre una amargura.
Gorrita, el pillete, mi amigo de ayer,
Trepado en un banco lloraba y reía,
Lloraba y reía sin decir por qué.

Gorrita está loco; no hay duda: miradle.
Levanta muy alto su desnudo pie
Y enseña una herida que el frío ha enconado
—La herida de un héroe que nunca fué rey—

Enseña su herida como una bandera
Y grita, tonante: ¡yo fuí quien maté!
¡Aquí está *Gorrita*, miradme las manos!
Ya no vendo *Diario, Figaro y Porté*...

Termina la frase con una pirueta,
Levanta muy alto su desnudo pié,
Enseña su herida como una bandera
Y grita de nuevo: ¡yo fuí quien maté!

Entonces un guardia, que estaba allí cerca,
Abriéndose paso por entre la grey
Le aferra las manos manchadas de sangre
Y en la calle obscura se pierde con él.

II

Inquiere un curioso datos de *Gorrita*
Y un niño harapiento, su hermano de hiel,
Explícale el drama: (allá junto al río
Estaba el cadáver contra una pared.)

Se hallaba *Gorrita* lavando su herida,
Su herida que nunca cerrábase bien,
Cuando aquel tirano, su padre postizo,
Llegó a castigarle, borracho y cruel.

El padre es el amo vicioso que explota,
El niño, que libre se siente, lo vé
¡Detente! le dice, no irrites mi herida
Que puede la vida costarte esta vez.

El amo no escucha: confiado y cobarde
Cae sobre el desnudo y hermoso *gamín*
Pero éste blandiendo su hierro filoso
Le parte una entraña, le rinde a sus pies;

Y sale a las calles clamando: ¡es justicia,
No es crimen, no es crimen, pues miente la ley!
. . . .
Así hasta la plaza donde lo hemos visto
Llorando y riendo sin decir por qué.



(*) Este poema tiene, a falta de otro más trascendental e intrínseco, el mérito de haber inspirado a un gran dramaturgo una de sus primeras y más aplaudidas obras. Me refiero a Florencio Sánchez y a su *Canillita*, acto de teatro este lleno de verdad amarga y valentía en el que aparece, ya diseñado con caracteres relevantes, el espíritu de rebelión que singularizara la producción futura del admirable combinador de escenas, perdido tan prematuramente para la gloria de lo que ha dado en denominarse Teatro Nacional Argentino.

N. del A.



DEL AMOR

I

Noche: en el mullido lecho
—Que es una mancha velada—
Ella incrustada en el hombre
Como una placa de nácar.

Amor les mintió al oido
Que eran dos almas aladas,
Y así, enlazados los cuerpos,
Quieren que vuelen las almas.

Mientras el viento, que ruge
Como una fiera enjaulada,
Cruza sin decir a donde
Lleva gérmen de desgracia.

Pero esa noche, en el sucio
Zaqui-zami, quedó helada
Muerta de hambre y sueño y frío
Una hermosa soberana

De la vida, que nació
Llena de aliento y de sávia
Para caer como un lirio
Tragado por una charca.

II

Así es el mundo, dirá
Un filósofo tarasca;
Y ¡ hay que matar anarquistas!
Algún político crápula.

♣ ♣ ♣



LOS VENCIDOS

Acosado
Por los dardos furiosos de un sol de Enero
Va el sucio carricoche cortando campo.

Saliéndoles la vida por esos poros
Que dió natura a todo lo que dió vida,
Sudando cual botijos hechos de barro
—Esos que llena de agua la pobre gente,
Aquella que no encuentra hielo en verano—
Y zaherida por turba de moscas bravas
Va, adentro, la pareja de pobres diablos.

Dos caballos chiquitos, como de palo,
Hechos para que jueguen niños mayores
Arrastran coche y hombres; total: tres fardos

Que van, tumbo tras tumbo, con rumbo a un pueblo
Alzado allá, muy lejos, a una distancia
Que aprecian más que nadie, y esto se explica,
Los caballos chiquitos como de palo.

Al llegar a un repecho, tristes, cansados
Por el trajín sin tregua, los caballitos
Doblegan la cabeza como esperando
Un auxilio en la muerte; los dos viajeros
Se asoman y contemplan el espectáculo:
Lanzando bocanadas de humo a los aires
La máquina de hierro viene llevando
Convoy enorme, un mundo entre dos rieles:
Es el tren; pasa fúlgido, va rápido...
¡Soberbio, indiferente como un símbolo
Cruza ante aquel dolor como un escarnio!

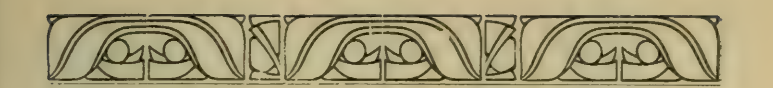
♣ ♣ ♣



AL PASAR

—¡Señor! ¡Por caridad! Y su voz era
La voz de la desgracia sollozante,
Esa voz que palpita en las gargantas
Como el canto fatídico del hambre.

Él subió al coche, recogió la manta,
Gritó al cochero, le indicó una calle:
¡Tascó el freno el bridón y partió rápido
Salpicando con barro al miserable!



BAJO EL SOL

—¿Me quieres?
Y la moza recostando
La cabeza gentil sobre el soberbio
Busto de atleta, descubrió sus ojos
Donde ardía el amor como un incendio.

¡Oh lumbre pecadora! Ciego y loco
Vióse en la gloria Juan: la forma espléndida
Estaba allí en sus brazos ¡la soñada,
La entrevista en sus noches de tormenta!

—¿Cómo fué?
¡Quién pregunta tales cosas!
Se soñaron y el viento los unía.
La fuerza de atracción mueve a los mundos,
Que es fusión de los átomos la vida.

♣ ♣ ♣



BAJO LA SOMBRA

¿Será tristeza alcohólica? ¡Quién sabe!
Pero presiento muchas amarguras
En ese corazón; hay mucha sombra
En esos ojos; esa luz no es pura.

Hay la ficción de las visiones trágicas
En la pupila atónita y adusta;
El gesto doloroso del que alienta
Camino de la Muerte o la Locura.

¿Quién triunfa? ¿La luz roja o el gusano?
¡Gladiadores del Mal os dais la mano!



PUEBLO

La jauría de Dios ladrando al cielo
Guía tus pasos por la humana senda
Y cual dócil rebaño a la matanza
Hacia la sombra en procesión te lleva.

¡Y tú altares alzando a la ignorancia
Dando espalda a la luz, marchas a tientas
Llevando como símbolo de gloria
Sobre una cruz una bandera negra!



LA INFANCIA FELIZ

Dios es el miedo

—¡No creo en Dios! me dijo, levantando
Su brazo en ademán de apostasía.
Y la niña-mujer, la gentil Juana
Ante el gesto del hombre sonreía.

—¿Y tú? Fué la pregunta como un tiro
A herir al compañero—¿Yo? ¡tampoco!
Esclamó el niño de cabeza de angel,
Ese niño tan bello como loco.

—¿Por qué?—dijo la madre que escuchaba
Perdida en el rincón obscuro y triste.
Y de placer saltando los dos niños
Respondieron—¿por qué? ¡porque no existe!

♣ ♣ ♣



EL SÍMBOLO

Rara facha, la facha de un hombre
Tallado en madera,
Que, a pasos muy lentos, avanza
Cual si se moviera
Mecánicamente. Muy alto, muy alto.
Semeja un espectro
Que zancos tuviera.

Aunque hay en su cara rigidez de cosa
Produce, al mirarlo, sensación de vida
Pues tienen sus ojos, de extraña apariencia.
Fulgor que intimida
Vigorosamente. Muy hosco, muy hosco
Diríase absorbido
Por idea suicida.

Esos ojos piensan, exclamo al fijarme
En la alta figura;
Hacia ellos se ha ido la vida
Y en ellos fulgura
Dolorosamente. Muy lejos, muy lejos
Va aquella mirada
Que el dolor apura.

Pasaba a mi lado y al yo preguntarle
Quien era, imprimiendo
A sus voces un tono jigante,
Me dijo, siguiendo
Mecánicamente: «yo soy la Experiencia».
En tanto el tumulto
«¡Ahí vá la locura!»... gritaba riendo...

♣ ♣ ♣



LA CANCION DEL PESIMISTA



UMBRA

Hoy a mi corazón nada le dicen
Con su cantar eterno,
Esas olas bravías
Que en las rocas estériles se estrellan
Entonando salvajes armonías.
A mi cansado espíritu no alumbra
Esa línea de fuego
Que abre la nube en noche de tormenta
Y que, al herir sobre la faz del mundo,
Cual rayo de venganza
Parece el latigazo de su afrenta.
¡Oh recuerdos de ayer! ¿Por qué ya no hablo
Con las voces del trueno y del torrente?

Algo ha muerto en mi sér; ya no palpita
Mi corazón como antes. ¡Sólo sombras,
Donde brillar debiera
La luz del porvenir, la luz fulgente!
Sombras de inmensa noche prematura
Que desplomada cae sobre mi frente.

¿Por qué no canto al arte,
Al amor y la gloria?
¿Por qué los triunfos de la humana vida
No me arrancan un grito de victoria?
¿Por qué como un inválido me entrego
Cuando puedo luchar y levantarme?
¿Por qué en la lid del pensamiento, noble,
No disputo un laurel? ¿Por qué es mi musa,
Una joven de blanca cabellera,
Con fuego en las pupilas,
La faz desencajada
Y el cuerpo doblegado,
Cual si el peso de un siglo sostuviera?
¿Por qué vivo en la sombra,
En ruda indiferencia encastillado,
Renegando de todo, del presente
Y de todos los tiempos, como un ente
En mi propio dolor amortajado?
¿Si hay sangre en mis arterias, mucha sangre,
Si hay luz en mi cabeza,
Por qué cobarde, a mi dolor me rindo?

¿Por qué me mata la inmortal tristeza?
¿El sol de la ilusión ya no me alcanza?
¿He nacido cansado, sin anhelos,
O en mí ha nacido muerta la esperanza?
¿Por que siempre la voz de un fatalismo
Como una maldición en mi alma siento.
Sirena del dolor que eternamente
Canta el himno triunfal del desaliento?...

¡Ah sí! Pero qué importa,
¡Qué importa que la nieve
De los años no cubra mi cabeza!
Vivo mis ilusiones enterrando,
Y hace ya mucho tiempo, mucho tiempo,
Que aquí, en mi corazón, está nevando.

Pero, ¡no sé llorar! Y río... río,
Cuando, infeliz, oculto
Aquí en mi pobre corazón, yo llevo
Engendrado el hastío.
Y callo, callo, y si rugiendo llega
Al labio la blasfemia envenenada,
Sé ahogarla en un sollozo, y el sollozo
Convertirlo en estoica carcajada.

. . . .

¿Queréis entrar en mi alma? ¿Queréis verla?
¿Queréis saber qué pena me tortura?
Aquí está mi dolor, aquí en mis versos:
Ellos son porta-voz de mi amargura.

♣ ♣ ♣



DESPERTAR

I

Allá van como espectros vagabundos,
Girones de tiniebla; rezagados
Semejan de un ejército en derrota
Gigantescos soldados...
Huye la tempestad, huyen las sombras.
El sol, cual si a la vida despertara,
Centelleando aparece en el Oriente,
Y los pálidos astros de la noche
Parpadean, vencidos
Por su luz inmortal, resplandeciente.

II

¡Quién sabe para cuantos desgraciados
Tiene sombras el día!
¡Oh sol de siempre, que alumbrando surges
El mismo cuadro, sin variante alguna!
¡Oh sol! Tú que impasible
Penetras al tugurio miserable,
Donde quedó dormido para siempre
Quien tuvo a la miseria por amigo.
¡Aquél que en noche aciaga,
Cuando el viento rugía despiadado,
En la pobre buhardilla
Le sobró el hambre y le faltó el abrigo!
Si has de salir a iluminar miserias,
¿Por qué no ocultas tus dorados rayos
Para siempre en la noche de la nada?
¡Deja que reinen por do quier las sombras,
Sobre la tierra sin tu fuego helada!

III

Y entre tanto, el poeta que ha bebido
En la fuente de todos los dolores;
El que maldice y llora
Con todos los que lloran y maldicen;

El que vive en perpetuo desvarío
Porque entiende que el mundo es un infierno
Que nos cuesta mil lágrimas por hora,
Filosofa y medita
Sobre el dolor humano:
Que todas las congojas de la tierra
Tienen una guarida entre su pecho,
¡Porque su pecho a todas las encierra!





FELICES DE VOSOTROS...

Felices de vosotros, los imbéciles,
Los que en nada pensáis, ni sentís nada,
Huecos de corazón y de cerebro,
Espíritus sin luz, almas sin alma.

Felices sí, felices los que sólo
Alimentáis famélicos la panza,
Y flotáis en los mares de la vida
Como flota lo fofo sobre el agua.

¡Quién pudiera matar el pensamiento,
Aniquilar el corazón y el alma,
Y vivir en las sombras sumergido,
Sin conciencia, sin luz, sin sol, sin ansias!

♣ ♣ ♣



¡CARNAVAL!

¿Oyes ese rumor que a la distancia
Se parece a un gemido?
¿Sientes el mónstruo cuyas voces pueblan
El espacio inmedido?
Es el pueblo de santos ideales
Que grita enloquecido,
El pueblo soberano que se aturde
Con su propio alarido.
¡Es el pueblo que vaga por las calles
Mendigando el olvido,
Es el pueblo infeliz que se divierte
Y que marcha sin rumbo haciendo ruido!



CAÍN

Él es, el criminal, el asesino,
Que grabado en la frente,
Lleva el emblema del linaje humano,
¡Él! que en noche sombría,
Con toda alevosía
Hace correr la sangre del hermano!

¡Pasan los años, y los siglos pasan!...
Sucumben pueblos y sucumben creencias
Del olvido en la noche sepultadas
Y al desierto del mundo van llegando,
Nuevas razas con nuevas religiones
En el crisol del tiempo depuradas.

Pero en esta batalla de vencidos
Donde no se coronan triunfadores,
Pero en esta fatídica contienda,
En esta lucha eterna de la vida
Se hace eterno el Caín de la leyenda!

♣ ♣ ♣



LA LUZ SE HA REPLEGADO...

La luz se ha replegado
Del horizonte a espaldas,
La noche triste corre
Su fúnebre mortaja,
Como visión dantesca
Sobre la tierra avanza
Y el dedo del silencio
Se posa sobre el alma.
¡La tierra envuelta en sombras!
¿Qué importa, cuando ufana
La luz de un nuevo día
Se hará para alumbrarla?

Mas si en la vida se hunde
El sol de la esperanza;
Si del dolor desciende
La noche sobre el alma,
Jamás el día llega
Para esa noche trágica,
¡La noche del espíritu,
Es noche sin mañana!

♣ ♣ ♣



?

Hombre de génio, tú que ser debieras
Faro en la noche de la grey humana,
Guía para las brutas multitudes,
Consuelo en el dolor y en la desgracia,
¿Dí por qué te envileces,
Dí por qué te encanallas
Y en el inmundo lodazal del vicio
Tu miserable humanidad arrastras?

Obrero, que en las lides del trabajo
Fuíste un atleta, para quien las palmas
Debieron ser la paz de la familia,
Y tus hijos la gloria de tus canas,
¿Dí por qué te envileces,
Dí por qué te encanallas
Y en el inmundo lodazal del vicio
Tu miserable humanidad arrastras?

Joven lleno de vida, tú que tienes
El porvenir abierto a la esperanza,
Cuando en el corazón y en el cerebro
Reinar debiera la ilusión temprana,
¿Dí por qué te envileces,
Dí por qué te encanallas
Y en el inmundo lodazal del vicio
Tu miserable humanidad arrastras?

Y tú, vírgen hermosa, que debieras
Haber guardado tu pureza intacta
Esperando el amor para ofrendarte
Y abrirte como flor en la mañana,
¿Dí por qué te envileces,
Dí por qué te encanallas
Y en el inmundo lodazal del vicio
Tu miserable humanidad arrastras?

Si siempre triunfa el mal, si siempre el vicio
Triunfa de la existencia en la batalla,
¿A qué la lucha y la ambición, eterna
Divisa de las almas?

♣ ♣ ♣



EN EL BAILE

I

Hoy es noche de fiesta, en los salones
Suenan los vasos, riensé las bocas
Y al compás de la música
Las gentiles parejas se entrechocan.

II

Hay miradas de fuego que se cruzan
Con reflejos de espadas,
Corazones que tiemblan,
Lenguas mudas que hablan.

Todo es luz y armonía,
Todo es belleza y gracia,
No hay espíritus tristes,
Todo palpita y ama.

III

Después llega la aurora
Y con la aurora llega
El día, con sus luchas,
Con sus luchas estériles y eternas.

Y a lo lejos parecen
Las luces de la fiesta,
¡Luces de cirios tristes que velaran
Sobre las dichas muertas!

♣ ♣ ♣



IMPOTENCIA

¡Sentirse grande y no poder ser grande!
¡Tener alas teniendo sed de cielo
Y no poder subir a las alturas!
¡Ser gigante y tener que ser pigmeo!
Sentir ardiente palpitar la idea
Sin poder modelarla en el cerebro;
Sentir la inspiración, relampagueando
Querer tender por el espacio el vuelo,
Sin poder traducir lo que se siente,
Sin poder darte forma: Pensamiento!
En el dolor inmenso que me abruma
De mi propia impotencia oigo el silencio
Y de mi labio trémulo no brota
La espléndida canción con que yo sueño.

Y es triste como el eco de una queja
La triste voz de mi dolor tremendo,
De este dolor sin nombre que ni Dante
Ha sentido al bajar a los infiernos.
Y a tí te llamo inspiración sublime
En horas de martirio y de desvelo,
Te llamo inspiración y aunque tú acudes
Para calmar mi bárbaro tormento
No brota de mi labio estremecido
La espléndida canción con que yo sueño.

♣ ♣ ♣



PERDIDA

Yo te ví, la nariz dilatada,
La boca con ansias de un beso infinito,
En los ojos temblando el deseo,
Rompiendo el escote los senos altivos;

Asirte a mi cuello pidiendo placeres.
Placeres en sueños quizás presentidos...
Arrojar en mis brazos las galas
De tu fresca belleza de lirio.

Y después de pasar la locura
Y después de pasar el delirio,
Levantando los trémulos brazos
Pedir convulsiva la copa de vino.

* * *



LIBREA

I

Mientras se ríe en el alcázar árabe
Arrullado por músicas y trinos,
El pobre vagabundo, aniquilado,
Al umbral de sus puertas ha caido.

II

—¡El señor va a salir! grita un lacayo.
¡Que quiten ese estorbo de la puerta!
¡Y en tanto sobre el mundo, alborozadas,
Vuelcan su luz las pálidas estrellas!



ECCE-HOMO

—No hay en el cielo una nube;
No hay en el aire un rumor,
El mundo es inmensa tumba...
¿Y el muerto? — Yel muerto es Dios.

—¡Mentira! El muerto es un hombre,
Pero un hombre que lanzó
Su espíritu a la tiniebla
Y la tiniebla alumbró.

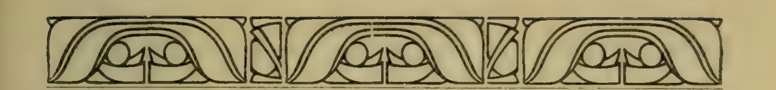
—Calla, blasfemo, tu labio
Profanando está el dolor,
¿Un hombre el muerto?—Sí, un hombre,
¡Un hombre que ha muerto Dios!

♣ ♣ ♣



SENDA DE ABROJOS

Allá va, vendiendo flores,
Sonriendo al vicio y la infamia.
¡Quince años! Llevar debiera
La primavera en el alma
Y ya es mujer que se vende
Y entrega a precio sus gracias,
¡Que en la lucha brutal de la miseria
Así se prostituye la desgracia!



MUNDANAS

I

¡Cómo pesan tus carnes, cómo pesan!
Ya no puedo contigo, has fatigado
El alma y la materia,
Y siento aquí, a tu lado,
La agonía del alma y de la bestia!

II

¿Te acuerdas?... Sí, fué amor y fué locura,
Fué sombra y claridad. cumbre y abismo
Fué ternura y dolor, llantos y risas...
        Fué pasión y delito!

III

Un mendrugo de placer
Como un mendigo imploraste.
Y el placer no te lo dieron,
El placer tú lo compraste.

IV

¿Cuánto vale esa caricia?
Yo no te doy por tus besos
Lo que te da en sus excesos
El viejo que te codicia.

Más de sangre y vida un mar
Te daré si así lo quieres:
¡Y me roban las mujeres
Lo que no me pueden dar!

V

Tengo asco de vivir y me estremece
La náusea del hastío:
¡Despierto de una horrible borrachera
Al lado de tu cuerpo alabastrino!



LA MUERTE DEL CANARIO

I

Cuando llegó la noche
Él no sintió el perfume de otros días,
El calor de su dueña,
Sus gritos y alegrías.

¡Su dueña! Aquella tarde no ha pensado
Sino en trajes y en flores,
Se olvidó del cantor, del compañero
De todos sus dolores.

¡Su dueña! Hoy se ha ataviado
Con sus más ricas perlas y brillantes
Y ha tocado llamada
A todos sus amantes.

¿Y después?—Mientras triunfa en los salones
Con su mejor vestido,
El trovador de la salita roja
Para no despertar queda dormido.

II

En medio del bullicio de la danza
Tiene un presentimiento.
Mira por el jardín cruzar un buho
Y ella es supersticiosa: alguien ha muerto!

III

Cuando del baile vuelva,
Trayendo entre sus manos
Altiva y orgullosa
Las flores que el amor ha deshojado;

Cuando mire su jaula convertida
En ataud de alambre,
¿Arrojará sus flores
Y verterá una lágrima? ¡Quién sabe!

♣ ♣ ♣



ANANKÉ

Con salvaje desdén miro la vida,
Es con la risa del dolor que río.
¡Y sólo maldiciones y sarcasmos
Brotan de mi cerebro dolorido!

¿Cobarde soy?—No sé! Llevo en el alma
Gérmenes de cansancio y de fastidio
Y cruzo por el mundo, indiferente,
Como un guerrero sin luchar vencido!



UNA VIDA

¡Hijo del amor y el vicio!
¡Hijo de un amor culpable!
Y el mundo, imbécil, lo marca
Con sello éterno, imborrable.

Es un proscripto en la tierra,
No conoce hogar ni patria,
No tiene madre, ni hermanos!...
¡Él es solo en la batalla!

Lucha en la sombra; no encuentra
Ni una luz en su camino.
Quiere avanzar... y lo hieren
Las espinas del martirio.

Entonces, allá, en sus noches
De insomnio, por su atrofiado
Cerebro cruza el horrible
Espectro del crimen pálido...

Y después de batallar
Con su conciencia y con su alma
Trepa estóico, con desdén,
El cadalso de la infamia!

♣ ♣ ♣



ÍNTIMA

¡Perdón! No sé cantar las alegrías.
Sólo sé de tristezas y amarguras.
¿Flores de mi jardín? Son sin colores
Lo mismo que las flores de las tumbas.

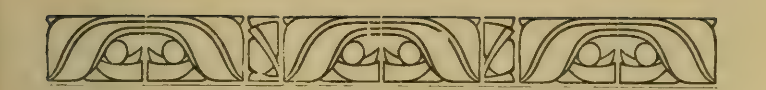
¡Perdón! Déjame huir. Solo y perdido
Atravieso las sombras de la vida;
Yo no puedo tejerte una corona:
Te dejo espinas porque tengo espinas.



PARA TÍ

Las aguas del mar son verdes,
Verdes como la esperanza.
¡Y el mar se traga las naves
Y siguen verdes sus aguas!

De tus ojos el abismo
Es tumba de muchas almas.
¡Y también tus ojos tienen
El color de la esperanza!



LA ETERNA LUCHA ...

¡La eterna lucha y el eterno olvido!
Esa es la vida, la verdad es esa.
Incomprensible ley, ley sin sentido:
Donde el hombre termina el hombre empieza...

ARISTAS



I

¡Qué espléndido panorama
Pero qué áspero camino!
Viendo estrellas piso abrojos...
¡Todo en el mundo es lo mismo!

II

Es más linda que Vénus, en sus ojos
Hay fuego de volcán, en sus cabellos
Rayos de sol, al verla tan hermosa
Se cree palpar la realidad de un sueño.

¡Y todo ese conjunto de armonías
Se adquiere por un poco de dinero,
Que esa deidad espléndida, soñada.
Es sólo carne que se vende al peso!

III

Es artista, es poeta y en su frente
Lleva rayos de luz:
¡Desgraciado! ¡Qué fuerzas necesita
Para arrastrar su cruz!

IV

¡Lo mismo que esas nubes, todo pasa!
La amistad es la brisa pasajera,
El amor es un grito de esperanza
Y la gloria es un rayo de tormenta.

V

¡El vicio no me atrae, pese a mi mismo
En el vicio me enlodo,
Ambicionando todo, nada quiero,
Y no queriendo nada quiero todo!

VI

Amé: fuí criminal fuí delincuente.
¡Cruel ha sido el castigo!
Reincidiré. ¡Quién sabe! ¡Cuánto diera,
Por ser un criminal arrepentido!

VII

No sé, ni saber quiero, ni me importa
Qué diga el porvenir;
Sé que estoy a tu lado y que hoy me quieres,
Y eso me basta a mí!

VIII

Hermanos ¡ay! en el dolor, ahoguemos
De la misma manera nuestras penas;
Yo te daré las fuerzas que te faltan
Para arrastrar erguida tus cadenas.

Ven a mojar tus labios en mi copa;
Juntemos tu dolor con mi amargura.
Yo bebo por matar lo que en mí piensa.
Tú, bebe por matar tu desventura!

IX

Si la vida es un sueño como dijo
Un vidente en su trágico pensar;
Aceptemos, valientes, el prefijo:
¡Morir es despertar!

X

¡Oh! qué carga, qué carga es la existencia!
¡Cómo pesa la vida!
Con qué monotonía abrumadora
Se suceden los días a los días.

Y siempre el mismo sol, los mismos astros,
Alumbrando la tierra;
Siempre la misma luz. las mismas sombras
Siempre el mimso dolor, la lucha eterna!

XI

¡Bebamos! ¡El alcohol es el veneno
Más noble y generoso,
El único asesino de las penas,
Criminal sí, más criminal glorioso!

XII

Ahí van esas estrofas salpicadas
Con gotas de veneno,
Porque en horas amargas de la vida
En un rincón del corazón nacieron.
Después a modelarse
Pasaron al cerebro,
Y hoy las lanzo del mundo en la corriente
Para que acaso se las lleve el viento!

DE LAS NEGACIONES



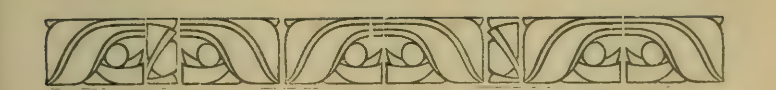
PARA EL PUEBLO QUE RIE

Cómo el agua en el cauce, la mascarada
Va por la calle enorme. ¡Cuánta tristeza
Me inspiran esos rostros pintarrajeados
En que puso su estigma la decadencia!

¡Pobres huestes de idiotas! ¿Quién os arrastra
Llenas de coloretes a las fiestas
Como un mono a los circos? ¡Vais riendo
Y se os ve del dolor la horrible mueca!

Os dicen: ¡a reir! y allá, en tumulto,
(¡Siempre en tropel, rebaño de carneros!)
Os lanzais a reir. ¡También os dicen:
¡A matar! ¡y allá van vuestros ejércitos!
¡Siempre pieza de máquina, utensilio!
O verdugo o bufón: ¡siempre instrumento!

♣ ♣ ♣



VOCES MALAS

¡Oh, mis locos amores!
¡Oh, mis mudas tristezas!
¡Oh, mis cóleras rojas!
¡Oh, mis cóleras negras!
—¡Palpitaciones
De mis demencias!—
Y en lo interior: la lucha formidable.
El espíritu en guerra.
¡Rebeliones de rayos
Y de tinieblas,
Terrores del ensueño,
Luces de anemia!
. . . .

¡Oh, mis locos amores!
¡Oh, mis mudas tristezas!

Es noche; todo duerme,
La voz mala se acerca
Y al oído me dice:
—¡Escucha a la tiniebla!
Abate tu oriflama,
Tu oriflama de guerra,
Ese que flota en lo alto,
Cerca de las estrellas;
—El rojo, el que en la lucha
Es redención de ideas—
La batalla es estéril,
El triunfo: ¡una quimera!
¿No sabes que en la vida
Es un poder la inercia?

¡Oh, mis cóleras rojas!
Oh, mis cóleras negras!

♣ ♣ ♣



IMPERATIVA

I

¡Pensar que el casco de oro mañana ha de ser blanco:
Pensar que esas mejillas ha de secar el llanto
Y que en la boca roja, donde alegría muestra
Su arabesco de triunfo, ha de dejar siniestra
Marca la honda congoja lote de cada vida!

II

¡Pensar que el alabastro de tus carnes, mañana
Ha de perder su encanto para ser cosa vana
Y que el llamear altivo de tus ojos azules
Ha de ser sofocado por los sombríos tules
De la vejez innoble donde todo termina!

III

¡Pensar que no hay más que una sola verdad, terrible,
Que a todos nos alcanza siendo al par invisible;
Pensar que el más soberbio de los hombres inclina
La cabeza cuando habla la que, augusta, domina!
¡Oh muerte, vil tirana, abuela del dolor!

IV

¡Pensar que solo hay una juventud, y que todo
Va, por un mismo cauce, a perderse en el lodo;
Pensar que el mundo muere de vejez, putrefacto:
Y que no hay nada puro, porque no hay nada intacto:
Así el Sol con sus manchas, así Dios con su Sol!



CONTRASTABLE

I

El dolor es la fuente de la vida
Y las almas se abrevan en la fuente.
No hay fruto si la rama no se poda
Y la vida es la muerte.

II

Esplendores de auroras
La tristeza desgarran de la niebla.
Y anunciando la fuerza de la especie
Surge el grito fecundo de la hembra.

III

La lágrima es emblema de amargura
Y en el beso de madre está la lágrima.
Puede ofuscar la luz de una sonrisa;
Y la pasión es luz que ciega y mata.

IV

Cuando el ave agorera bate el vuelo
Fijando en un designio la pupila,
Para ser el heraldo de la noche
También canta de día.

V

Son las aguas más limpias y más puras
Las que elevan salmodias de exterminio;
Las que rugen el credo del estrago
Sobre la convulsión de los abismos.

VI

Y las almas más blancas y más bellas
—Esas que viven de pesar de amores—
¡Son las que abrigan más desesperanzas!
¡Son las que sufren más crucifixiones!



DE LA HOGUERA

Es la bárbara nota de una música extraña
La que suena, estridente, del abismo en la entraña
Y a gemir va a la playa con las olas del mar.

Es la queja gigante de mil almas heridas
La que cruza en los vientos donde van homicidas
Cantinelas dolientes como heraldos del mal.

Es la voz del misterio la que eleva su canto
En la noche luctuosa en que vierte su llanto
La esperanza que implora bajo un cielo sin Dios.

Es un grito siniestro, de Luzbel que agoniza
En su lecho de sombra, de dolor y ceniza,
El que surge del mundo donde ha muerto el amor.

♣ ♣ ♣



NEGACION SUPREMA

Los que errais, sin abrigo y sin ventura,
Extrajeros del mundo, que la inmensa
Planicie ardiente atravesais, sedientos,
Al hombro con la carga de las penas;

Los que vais por la vida, cual jadeantes
Fantasmas, los que alientan en la sombra
Condenados espíritus rebeldes
A quien guía una fuerza misteriosa;

Todos los que sufrís, los que sois bardos,
Videntes, soñadores y profetas,
—¡Síntesis de dolor!—doblad las frentes:
¡No volverá el amor sobre la tierra!

♣ ♣ ♣

LA CANCION BUENA



ALBUM

Para Delia

Del mundo que llevo encima
En esta primera hoja
Dejar quisiera un pedazo
Convertido en una estrofa.

—Ideas! Aquí, en mi frente,
Se agitan y se entrechocan,
Se sublevan y sacuden
Cual gigante lucha de olas.

Una, tan grande, tan alta
Como es bella tu persona,
Quiere hoy lanzarse a los vientos
Gritando como una loca.

¿Detenerla? ¡No es posible!
Ahogaran mi vida toda
Y la idea, refulgente,
Escapara de mi boca

Para decirte: yo veo
Que son fuertes tus congojas,
Que hay nobleza en tu sentir
Y altivez en tu persona;

Pero sé que tú no sabes,
—Porque hay dolores que ignoras—
Que existe misión muy grande
Por cumplir en esta hora.

Soy un apóstol—¡lo he dicho!—
De una idea salvadora,
Idea de redención
Que por la raza labora.

Soy como el porta-bandera
En una lucha gloriosa,
Donde se muere triunfando:
—¡La vida siempre es aurora!—

Por esto—tú me lo pides—
Quiero decirte, y no en prosa,
—Porque ella a veces no basta
Para decir estas cosas—

Que esa la misión tan grande
Por cumplir en esta hora
Es una: aplastar sonrientes
La montaña de las sombras.

¿Quiéres? En la árdua batalla
Pón también tu vida toda.
¡Y aplastemos la montaña
Mirando siempre a la aurora!

♣ ♣ ♣



VISION PSIQUICA

> *Dime: ¿Tú has tenido tiempo de mirarte*
> *el alma?—La pregunta es triste*
> *y casi en prosa pero, acaso, bella-*
> *mente sonora—como un verso*
> *que interroga a una estrella.*

Dice el poeta,—vidente y sabio,—
Que sufres y haces de tus lamentos
Haces de perlas para adornarte
La obscura trenza de tus cabellos.

Alzo los ojos hasta tí y miro:
Por esa frente cruza un recuerdo;
Va acompañado por una lágrima
Y a paso tardo, lento, muy lento.

¿Miente el poeta? Nunca. Lo juro.
Porque es el caso, de ello estoy cierto,
Que en misterioso cofre, escondido,
Él de las vidas tiene el secreto.

♣ ♣ ♣



DEDICATORIA

Te envío mis dolores encuadernados,
Esos que tu conservas en la memoria,
Esos que tú repites cuando estás triste
Para blasón y orgullo de mi victoria.

No enseñes este libro sino a tu madre;
Si él encierra un encanto, guárdalo sola.
En él hay mucha sombra, quizá luz negra,
Quizá ensueño y veneno: flor de amapola.

Pero es la expresión neta de un alma y quiero
Fundirla con la tuya, para que entonce
De amalgama de espíritus surja la estátua,
La estátua del cariño, como de un bronce.



DE MI JARDIN

(Retribuyendo unas rosas).

Quisiera hacerte una estrofa
Tan linda como tus flores.
Una estrofa perfumada
Con los más puros olores.

Yo pongo mi alma en mis versos;
Mi alma está llena de flores
Pero el jardín es sombrío:
Prima el negro en sus colores.

Estoy pensando tristezas
Y estoy mirando tus flores.
Quise mandarte alegrías
Y solo escribo dolores.

Mal jardinero, no sé
Dar tono alegre a mis flores.
Eso sí, tengo claveles
Rojos para luchadores.

De trecho en trecho una planta
Que surge altiva ¡oh, mis flores!
Todas tienen luz de ensueño
En un jardín sin amores.

Con el tallo de tus rosas
Haré un ingerto en mis flores:
Completarán mi jardín
Tú perfume y tus colores.

♣ ♣ ♣



A LEONILDA

(Enviándole un vaso de plata).

Cuando tus manos seguras,
—Hoy son manos de algodón—
Puedan empuñar cristales
Sin peligro de dolor;
Con este vaso de plata
Haz un prodigio de amor,
Brindándoselo a quien sea
Más pobre que tú y que yo.



FLORES SUELTAS

También en mi camino encuentro flores.
Ellas perfuman, dan matiz y alegran
La estancia de las líricas visiones
En que reposa esta cabeza enferma.

Allí, donde ella incuba pesadillas,
Allí, donde ella esconde su demencia,
Ha entrado, con tus flores, tu sonrisa
Como una claridad en una pena.



CANTO A LUTECIA



CANTO A LUTECIA

I

Sirena del placer a cuyo acento
El mundo va rodando adormecido;
Ciudad de mis amores, misteriosa
Amada que he soñado y presentido;
Reina del barro y de la luz, Señora
Y arrastrada mujer, Pureza y Crimen!

Para cantar tus sombras
Alzaré mi dolor hasta la pira
Donde arde,—pebetero de los males,—
El carbón del pecado y del delito
Como ardía en las fiestas lupercales.

Para cantar tus glorias
Haré hablar a la espuma enrojecida
De tu Sena sombrío,
Porque la sangre ardiente de tus héroes
Ha derretido el hielo de tu río.

II

Musset cantó tus vicios. ¡Oh suicida,
Rolla infeliz! aún suena el triste beso
De tu pasión muriente,
En el collar de oro
De aquella hermosa vírgen prostituída.
¡Pálida evocación! Aún se oye el eco
De tu última blasfemia, y, en la alcoba
Donde duerme la infancia profanada,
Treme y gime tu grito de agonía,
Compendio de tu amor y desventura,
Que fué,—como en un vaso,—
En una frase de dolor volcada.

Desde entonces ¡oh, amor! ¡cuántas auroras!
¡Cuántas Marietas al placer vendidas,
Cuántos Rolla que caen envenenados,
Cuántas tristezas ¡ay! que nadie canta,
Cuántos Musset que mueren ignorados!

III

Cuando te hirió la suerte
En la trágica noche de tu historia,
En estertor profundo
La tierra se agitó, porque al herirte
Herido había el corazón del mundo.
¿Quién hará tu epopeya,
Tu epopeya de crimen y de gloria?
¿Quién, bardo del presente,
Recogerá el gemido de tu pueblo?
Quién dirá del pasado
Y, profeta, dirá de tu destino
Con la voz de verdad del inspirado?

IV

Sedientos de ideal van a tus puertas
Esos que al mundo vienen condenados
A gozar el placer de sus dolores,
Los enfermos del arte—¡los Dementes!—
¡Esos que llevan luz de pensamiento
Como una rebelión sobre las frentes!

V

Y este pobre cantor, desesperado,
¿Acaso irá a beber en tus castalias?
Dios ¿habrá luz en su camino un día?
¡Dios, Destino, Ananké, Sibila, dime!
Pero Dios es Silencio, Esfinje, Nada.
Más yo creo en la fuerza de las cosas
Y sé que iré a dejar ante tus templos
Peregrino del arte, mis sandalias.

Más que digo ¡insensato! si yo vivo,
Estoy en tí, me cubro de coronas
En tus fiestas, me lavo
En tus fuentes la frente, y rezo y caigo
En tus altares, aras levantadas
Al arte y a la gloria, únicas reinas
Que en los futuros tiempos
Podrán alzar sus testas coronadas.

Y he vivido la vida de tu historia;
Me duelen tus heridas,
Me supuran tus llagas, tus cilicios
Abren mis carnes, sufro hace cien años

Tu dolor, cual si fuera
Esta existencia loca
Una condensación de muchas vidas.

VI

Yo sé que hay sombras en tu hermoso cielo,
Vírgen con lepra; sé que al lado mismo
De tus palacios,—mármol, bronce y oro,—
Muere de hambre el artista y el obrero,
Pero sé que buscando va el sendero
De salvación tu mente vencedora.
Porque eres tú la invicta redentora,
La que llevas el cetro de las almas,
Encarnación de todas las ideas,
Ocaso del espíritu y aurora.

Tu dictarás la ley niveladora
Que ha regir al fin de este milenio,
Y si han de caer repúblicas y tronos
Caerán bajo los rayos de tus soles—
Porque tu eres cerebro y eres brazo...
Entonces, solamente
Habrá un déspota: el Génio!

VII

Será, porque ya alumbran
Luces de redención, pero si ciegos
No quieren ver la luz (hay quien se esconde
Cuando surge la aurora) escuchen, tiemblen,
Que la esfinge responde!

VIII

No me engaño; la voz de lo futuro
Es la que habla, ella dice:
Que hay signos de venganzas en la altura
(Que nadie ve, porque la humana prole
Marcha arrastrando el alma y la figura
Por el lodo del mundo) rojos signos
Que anuncian vientos rojos, vientos dignos,
Vientos provocadores,
Limpiadores de llagas, que pustulan
En el vientre del Pueblo, ese gran Cristo
Que hoy baja de la cruz donde ha sufrido
Diez siglos de estertores.

IX

Si, la esfinge responde. Y esos signos
Anuncian que el ejército de hambrientos
El orbe llenará con su alarido
Y se echará frenético a las calles
Pidiendo sol y pan en un rugido!

X

Hablo de hambre y de luz (llamadme loco
Banda de papagayos patrioteros,
Tropel de estultos, sabios patentados)
Hablo de hambre y de luz porque el emblema
De la nueva cruzada
Será un Libro y un Pan, bandera augusta
Que alzarán, redentoras,
Las turbas de oprimidos y humillados.

XI

Con la leche fecunda de tu seno
Hoy se alimenta la progenie humana.

Yo te canto en mi verso
Porque tu eres más grande
Que la sombra del mal, y eres más bella
Que un sueño de Hugo: ¡fe de mis ideales,
Resúmen de Universo!

♣ ♣ ♣

LA CANCION DEL FUERTE



CLARIN

¡Conmigo los hambrientos y los tristes!
¡Conmigo los malditos y desnudos!
¡Conmigo madres locas porque vieron
Padecer a los hijos infortunio!
¡Conmigo niños pálidos y enclenques
Cuya sangre absorvieron los ventrudos!
¡Conmigo la canalla macilenta
Que ruge en las cavernas del suburbio!
¡Conmigo prostitutas y ladrones!
¡Conmigo los leprosos y los sucios!
¡Conmigo los que lloran y se arrastran!
¡Todos los alejados del mendrugo!
Los que cruzan ciudades y llanuras

De rabia devorándose los puños,
Y amontonando hiel para las nuevas
Generaciones de hombres cejijuntos.
Conmigo sí—¡oh, eternos despojados!—
Para erguirse delante del verdugo:
Rebeldes a su voz seremos hierro.
¡Hierro y acero para ser más duros!

Yo soy el trovador de tu miseria,
Pueblo! Y esta voz que sobre el mundo
Como una rebelión suena rugiente
Es tu voz; es la voz de tu tugurio,—
Luz y dolor,— que se alza hasta las nubes
Como el grito de todos tus vesubios,
Convocando a la lucha redentora
Contra todos los bárbaros del mundo!

♣ ♣ ♣



EL PALADIN

I

Esa voz, ese gesto, esa amenaza
¿Qué son? ¿A quién vindican? ¿Do te llevan?
¿Es olímpico aliento el que te empuja
Cuando vas, como heraldo de protesta,
Arrojando los rayos de tus odios
En medio de las turbas que blasfeman?
¿Llevas en tu alma del amor el gérmen?
¿Eres el mártir de una grande idea
O es la sombra del mal la que te cubre
Y te dice al oído sus miserias?
¿Eres un vengador o eres un justo?
¿Eres la negación o eres la fuerza?
Esa voz, ese gesto, esa amenaza
¿Qué son? ¿A quién vindican? ¿Do te llevan?

II

¿Qué te dice el color de mis insignias?
¿Lo ves? Es el más fuerte: hiere y ciega.
Mi alma, flor cerrada a los alhagos,
Es también del color de esa bandera.
(No os asusteis: la caridad es roja
Porque hay que dar la sangre para hacerla).
De aquí, desde esta orilla donde lucho,
Cual torvo gladiador sobre la arena,
No invito a combatir: voy impulsado
Y contesto a esa voz: ¡soy una fuerza!
¡Mis armas las forjé con mis cilicios:
Solo soy un dolor que se subleva!

♣ ♣ ♣



EL GRITO DEL BARDO

Canto al pueblo: no al vencido,
Al que maldice y espera,
Forja armas con su amargura
Y hace de la luz bandera.

Al que estremece las calles
En estos días de aprobio
Lanzando en ellas, altivo,
Las grandes bombas de su odio.

Al que es dolor que no llora
Porque es pena sublevada,
Herida al aire que luce
Con ímpetus de alborada.

No al mentido soberano
—¡Rey de ridícula hechura
Que adulan los que han de uncirlo
Al carro de su locura!—

¡Sí al de la huelga, al soberbio
Del acto heróico, al que lanza
Al pie de una guillotina
El rayo de una esperanza!

❦ ❦ ❦



LA VOZ DEL HIERRO

(Versos escritos para ser leídos en un mitin pro-presos)

I

Como en los grandes días de batalla,
Como en los días de los grandes duelos,
Rodeando un estandarte de justicia
Y la bandera de su amor al viento,
Las huestes de la luz, las proletarias,
Se agitan hoy llamadas por un trueno.
—Que la voz del presidio ha resonado
En el gigante corazón del pueblo,
Como un rudo dolor hecho tormenta,
Quizá mañana tempestad de fuego.—

II

El crimen es de muchos, los cobardes
Tienen la culpa de que sufra el pueblo,
Los que vacilan ante el bien y tienen
Para el mal, como un cómplice, el silencio.
¡No todos los pesares sepultados
Quedaran en la noche del misterio,
Si para cada transgresión de arriba
Hubiera abajo algún rumor siniestro,
Si para cada infamia hubiera un rayo,
Para cada injusticia un escarmiento!

III

República en el nombre, factoría
En realidad la tierra de Moreno.
No hay en ella más ley que la ignorancia
Y tan sólo una fuerza: la del miedo.
Que de traición, de dolo y de mentira
Son amasijo los caciques nuevos,
Llevados al poder por la fortuna,
Sostenidos allí por los protervos,
Que han cambiado las flechas por el maüser
Y de Catriel las hordas por ejércitos.
(¡Sombras de Moctezumas y Atahualpas:
Yo no quiero insultaros en mi verso!)

IV

¡El hombre juzga al hombre! En la comedia
Suele ser la sentencia un vilipendio;
Dase el caso que un bárbaro borracho
Arroja en una cárcel al obrero
De la vida; los zánganos aplauden.
Los valientes, los ínclitos, los buenos,
Alzan su voz preñada de amenazas,
¡Amenazas tendidas a los vientos
Como si fueran gallardetes rojos
Clavados en la punta de un acero!

V

Y entonces, siendo justos, siendo fuertes,
En nombre de una fe, de un gran derecho,
Van, despertando amores que dormían,
A romper el impávido silencio
Que rodea la tumba de los vivos,
Más triste que la tumba de los muertos.
—Que la crueldad del hombre para el hombre
Es la eterna vergüenza de los tiempos,
Es el borrón más grande de la vida,
Es de todas las sombras el compendio.—

VI

Invocando vindictas, sancionadas
Por la brutal estupidez del medio,
El crimen se castiga con el crimen
¡Y también la inocencia de los buenos!
¿Quién sofoca las fuentes de la vida?
Quién hace ley del bárbaro tormento?
Hablan los vivos de sus tumbas; dicen:
—Esos que son tiranos de los pueblos.
Y contesta el cantor sonando a triunfo:
—¡Contra la ley de los tiranos, hierro!

♣ ♣ ♣



EL BRINDIS DEL REY

—¡Pasa el rey! Y la turba, miserable,
Rendida ante la púrpura saluda.
Es la misma del Circo; va andrajosa
Y ostenta callos en la mano ruda.

—Salud! El rey invita! Con la sangre
De mil generaciones expoliadas
Brindará en el *banquete de los pobres...*
Pero ved: de las copas derramadas

Surge vapor rojizo, y sube, sube
Hasta el azul de arriba; allí se extiende
Para formar dosel y, poco a poco,
Sobre la tierra atónita desciende;

Asfixia la ciudad, llega al desierto
Y fecunda el desierto ¡oh, sangre humana
Vertida en holocausto de los tristes!
¡Siempre eres redención... para mañana!

♣ ♣ ♣



LA VOZ DEL QUE DESTRUYE

Bajo el rojo pendón de la venganza
Trepemos a la cumbre de los odios.
Y en medio a los sangrientos episodios
Esparzamos al aire la esperanza.

Seamos como el dolor: fuertes, fecundos;
Armémosnos de todos los rencores.
¡Pero abramos la flor de los amores
Sobre el desquicio loco de los mundos!



A LOS NIÑOS MARTIRES

Musa de los rebeldes, si te invoco
Es con odio y amor; vibre en mis versos
—Tal el espasmo del dolor del mundo
Constreñido en las llamas del incendio—
Este impulso gigante que me arrastra
—Como a un loco las luces de su ensueño—
En defensa de todos los que lloran,
De todos los que son carne de cuervos,
¡Disciplinado ejército de tristes
Que va en perpétua marcha al matadero!

Musa de los rebeldes, si te invoco
Es con odio y amor; sean mis versos
Bombas que estallen a los pies del Idolo:
Llámese Religión, Patria o Dinero.
¡Hay que vengar a todos los que sufren!
Y en contra de los bárbaros protervos,
Levanto mi bandera de combate
Que es pendón de exterminio justiciero.

¡Llagas de niños! Por tus bocas rojas
Sale este grito de venganza, quiero
—Como un clamor obsesionante y largo—
Que él repercuta en todos los cerebros,
Que él sea como el rayo, que fulmine,
Como tormenta, que al brindar el riego
Destroza casas, pero al par fecunda
Lo que tenía lividez de muerto.

♣ ♣ ♣



EL GRAN DOLOR

Por el largo camino tenebroso,
En medio de la fiebre y los dolores,
Van las madres gimiendo su miserias
Y los hijos clamando sus rencores.

Lloran las madres lágrimas de sangre,
Lanzan los hijos gritos de venganza.
Y lágrimas y gritos se confunden
En un solo pesar y una esperanza.

—Morir... gimen las madres sometidas.
—¡Matar! rugen los hijos iracundos.
Y flota el gran dolor como dos alas
Cubriendo el horizonte de los mundos.

♣ ♣ ♣



LA HUELGA

Hay iras, hay volcanes de venganzas
En esos pechos, piedras de martirio;
Hay odio y sed, hay hambre y hay rencores
Acumulados desde muchos siglos;
Es sombra y es dolor, luz y amargura
De cien generaciones de vencidos.

Eso sale a los rostros, eso emerge,
Cual luz roja, del fondo de un abismo,
En esos ojos que irritó la máquina
Que debió ser la redención del siglo.

Esclavos! Si el progreso es el tirano,
Caiga el progreso; el bárbaro enemigo
Es máquina de muerte, donde impera
La razón, el fusil es crucifijo.

Caiga el fusil, la cruz, los que la plantan;
Sea nuestro dolor riego atrevido:
La semilla fecunda del futuro
Es sangre y luz de todos los martirios!

♣ ♣ ♣



DIA DE GLORIA

¡Vivir entre el dolor hecho un andrajo!
¡Ser plebe sin ser luz! ¿y esto es ser hombre?
La esperanza y el sol surgen de abajo;
El abono en el surco tiene un nombre.

Los bordes de las llagas sacudidas
Se han erguido ante el látigo; banderas
De odio son sobre mártires tendidas
Frente al grupo solemne de las fieras.

El mundo, ese gran circo, está repleto
De luchadores, bárbaros altivos
Que forjan de otro mundo el esqueleto
En medio del asombro de los vivos.

El Lázaro social abre los ojos
¡Por fin! y entre la pompa de las vidas
Que irrumpen de su tumba, los despojos
De edades sacrosantas y podridas

Son lanzados al viento. ¡Ni un gemido
Oyese en la llanura ni en el monte!
Y un sol de amor en púrpura dormido
Me anuncia que se ha abierto otro horizonte.

♣ ♣ ♣



FRENTE A LA AURORA

I

Sofocando el dolor que las devora,
Ebrias de ensueño, locas de esperanza,
E impelidas por vientos borrascosos,
Van hacia el sol las muchedumbres pálidas.

Frente a la aurora están. ¡Oh, cuántos siglos
Han marchado en la sombra las esclavas,
Las tristes muchedumbres de proscriptos
Que el odio y el amor exacervaran!
Tienden el brazo hacia el clarear del día,
El brazo musculoso que la fragua
Tostó y en las contiendas del trabajo
Se hizo rudo y valiente; el que levanta

El mundo en peso y el engaño, el dolo,
Juegan con él, lo explotan y lo sangran.
El brazo que resuelto a ser martillo
Aplastador o azote de venganza,
Contra el burdo armazón en que, sonrientes,
Las turbas de parásitos se basan
Para extraerle el jugo de la vida,
Hoy el camino hacia la luz señala.

II

Dura la brega fué; por entre abismos,
Rindiendo mónstruos e incendiando zarzas,
Han llegado a las puertas de la aurora
Las tristes muchedumbres, las esclavas.
Sus héroes, sus filósofos, sus mártires,
Han escrito la historia de las razas,
Esa historia doliente de cien siglos,
En que diez mil generaciones parias,
—Parias del mundo, sin hogar, sin suelo,—
Siendo las hacedoras de la gracia,
Han gemido en tinieblas y dolores
Al yugo de la suerte doblegadas.

Ya terminado el bárbaro combate
Y echando hacia el pasado la mirada,
Las tristes muchedumbres se interrogan:

¿Acaso salen de una noche trágica?
¿No fué un sueño el ayer? ¡Ah, si mentira
Fuera el dolor los mártires hablaran!
¿Cuántos cayeron en la lid? ¿Se puede
Contar a los valientes camaradas?
¿Sus cuerpos? ¿quiénes son? ¿hay cifra? ¿hay nombre?
Si no hay cifra ni nombre es que no hay culto.
¡Para qué, si la muerte todo iguala!
El que fué poseedor de una energía
Ese la dió. No más; si nada acaba
Tampoco él terminó, pues en el grande
Crisol de la existencia él también halla
La gran transformación. Si aun en los vientos
El eco se oye de las grandes hablas,
No se incensa a los héroes como a dioses,
Ni se llevan en triunfo sus estátuas.
¡Ya ni *héroes* son, son hombres solamente
Que entregaron sus fuerzas a la causa!

III

Las tristes muchedumbres en camino
Recuerdan el horror de las batallas
Y evocan, doloridas y sangrientas,
Las gigantes figuras de los parias

Que, radiosas de luz y de heroismo,
Emergieron del fondo de las llamas,
Anunciando el amor entre los séres,
Con voz que la cuchilla entrecortaba.

Triunfante hacia el suplicio va cantando
Un compañero cantos de esperanza;
Allá, del otro lado de los mares,
En la joven América violada,
Y en medio del estruendo de las lides
Las sombras de las horcas se levantan,
Y desde ellas la voz de los profetas
Abriendo el horizonte de las almas.

—*¡Germinal!*
Y los bravos luchadores
Bríndanle una sonrisa al camarada
Que supo entre la sangre del martirio
Tener el gesto del profeta. ¿Pagan
Deudas de humanidad? No, pues no existen,
Se ama la vida por la vida y basta.

Y siguen desfilando las figuras,
Las figuras tan grandes como bravas
De los violentos redentores rojos
Que van sembrando amor rompiendo lanzas—
Todas con la visión de un mundo nuevo
En la pupila adusta y soberana.

Cruza allí el vengador, el implacable,
De continente férreo como su alma,
Que arrojando el terror sobre los pueblos
Los ojos hizo abrir a la mesnada,
Y que al caer en manos del verdugo,
Ya presa el cuello de la infame máquina,
Tuvo el trágico grito, el bello gesto:
¡—Cochino! le escupió sobre la cara.
(¡Así rodó en el cesto la cabeza
Del político audaz de la canalla!)

—*¡No hay inocentes!*

¿Quién habló? Fué un niño,
Un niño hermoso de gigante talla,
Que surgió entre el incendio y los escombros
Como un rayo terrible de venganza,
Blandiendo su dolor como un castigo
Sobre la testa de la grey tirana.

Sonríe el mundo ante la voz del niño...
Y las grandes, las inclitas, las bravas
Multitudes, seguras de su triunfo,
Ebrias de ensueño, locas de esperanza,
Listas a dar el paso giganteo
Frente a la aurora están,—como clavadas!



HIMNO DE LAS CIUDADES



PARIS

La Comuna

Es el grito de guerra que presagia
La redención del mundo; es el soberbio
Grito lanzado en torno de las llamas,
Desde el fondo más rojo del incendio,
En los días más grandes de la historia
Que abrirá el libro de los Tiempos Nuevos.

Es el rojo pendón de los ideales
Que en la bárbara noche de los pueblos
Luce como una estrella de bonanza.
¡Y es un dolor ardiendo!
Pero un dolor que dice: ¡soy aurora!
¡Y es la aurora del día de los siervos!

Es la locura de las almas trágicas
—Honra y fama del mundo—cuyo aliento,
—Fulgor de tempestades y amarguras,—
Va despertando amores, destruyendo!
¡Semilla de dolor, la flor de vida
Salpicada de púrpura está abriendo!

♣ ♣ ♣



CHICAGO

Las horcas

Una aureola de sangre corona toda idea.
Allí, Chicago! Enorme se alza la roja mancha;
Es de sangre y de fuego: quema y empapa el mundo.
Va estendiendo sus bordes y va sublevando almas.

Lenguas de los ahorcados ¡cómo hablais a los pueblos!
¡Cómo estruenden tus voces! Fuertes como el martirio
Ellas dicen de vientos redentores que un día
Barriendo árboles viejos, fórmulas y prejuicios

Soplarán de repente; tempestades de iras
—Locas como venganzas—que empujan las ideas,
Tempestades de iras que cruzarán llevando
Cadáveres podridos a la crugiente hoguera.

¡Todos de pie! ¡A la lucha! ¡Ni Dios, ni Ley, ni Patria!
¡Cada hombre sea un ejército; nadie obedezca a nadie!
¡Ni altares, ni sanciones, ni banderas!
¡No encuentren los esclavos donde atarse!

¡Allí Chicago! El crimen, el símbolo maldito.
¡Allí, Chicago! Gólgota de las ideas nuevas.
¡Que una verdad nos una, que un dolor nos anime,
Que la voz de esos muertos suene en toda la tierra!

♣ ♣ ♣



BARCELONA

El incendio

Es un gran caudal de sombras: el dolor flota en los vientos.
Ya la sangre de los héroes ha empapado las tinieblas
Y los vapores rojizos que en la altura se iluminan
Proyectan luz de venganza sobre las almas abiertas.

Todo lo grande, lo fuerte, lo gigante, lo atrevido
Que dentro del ser llevamos, eso que es la fuerza-idea,
Se alza vibrante y se agita, se sacude y convulsiona
Cual enorme lucha de olas sobre una mar sin riberas.

La semilla del incendio ha encontrado el surco pronto;
Ya en la fabril Barcelona se hace flamear la bandera
Roja de las destrucciones, la bandera redentora;
Y el dolor, el gran fecundo, sigue preñando a la Tierra.

♣ ♣ ♣



BUENOS AIRES

Flor de amor

En alas del amor y el sacrificio,
Como paran los cóndores su vuelo,
Coronadas de luz, las redentoras
Ideas han llegado hasta tu suelo.

¡Ya está el gérmen en tí! Serás fecunda.
Fuerza y dolor engendran tu heroismo;
Al mezclarse las razas en tu vientre
Harán surgir la luz desde el abismo.

¡Ya está el gérmen en tí! Ya nada puede
Bruto aborigen, ni mandón de afuera,
Ante el abrazo de las nuevas huestes
Bajo el rojo color de su bandera.

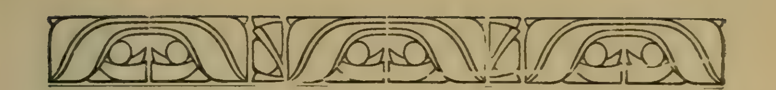
¡Ya está el gérmen en tí! Soplan los vientos
Iracundos, las fuerzas regresivas
Libran, muriendo, el postrimer combate
Con las bravas ideas subversivas.

Leyes infames, bárbaras coyundas
Que el tirano forjó, la muchedumbre
Hundirá con estrépito de mundos
Que desplomados caen sobre su herrumbre.

Aquí, sobre tu suelo vigoroso,
Ya regado con sangre de martirio,
El nuevo sol que inunda el universo
Lanza hoy sus rayos y fecunda un lirio.

♣ ♣ ♣

LA OBRA DE LOS HÉROES



TOLSTOY

En la bárbara Rusia,
—Montaña de dolor, fuente de llanto,—
Suena una voz gigante: llena el mundo
Y hace temblar al Czar bajo su manto.

No es ya la de Nikita en Las Tinieblas,
Es la de Neklindoff, el varón fuerte,
Que se alza sobre el cieno de su extirpe,
Triunfador de la sombra y de la muerte.

Voz que empieza siendo himno y anatema.
Hacha que raja y viento que fecunda,
Rayo que ciega y grito de esperanza,
Explosión de la vida, luz que inunda;

Y que llega a ser canto, haz de armonías,
Canto de amor, tan fuerte, tan humano,
Que dijérase oír al padre Cosmos
Cuando sale por boca del anciano.

♣ ♣ ♣



ZOLA

Tras un montón de dolores, irguiéndose tu figura
Grande y sola, sobre el mundo gritas palabras de fuego,
Que son a un tiempo castigo y esperanza, luz de muerte
Y sol de vida de rayos fecundantes como un riego.

¿Quién te niega? El sacerdote. ¿Quién te insulta? La canalla:
El minotauro terrible, negro Moloch de conciencias,
Y la que víctimas pide de inocentes, al pie mismo
De la mentira arrojadas como tributos. ¡Herencias

De los siglos que ya han sido, triste lote que llevamos
A espaldas, cual fardo enorme, las generaciones nuevas,
Vuestro peso ya aminoran los que levantan la vida
Y hacen entrar a torrentes la luz en las grandes cuevas!

¡Germinal! Las sombras huyen corridas por el incendio.
Amplio se extiende, sin límites, el horizonte del mundo,
Se ha tumbado a las montañas y suenan cantos triunfales,
Cantos de amor donde un día fuera silencio profundo.

♣♣♣



LAS JORNADAS

I

Noche: en las sombras óyese un sollozo
Enorme: es el del último castigo!
Fecundo fué el dolor: hambres de pueblos
Parto de ideas; sangre de martirio
Riego de vida; púrpuras de hogueras
Iris de paz de todos los cariños.

II

Silencio! Escombros! Una mecha! El viento!
Un dolor más y el mundo redimido,
Surgirá del Incendio. ¡Arriba, hermanos!
¡De pie, en marcha, saltando los abismos!
Allá! A la cumbre! Ved: sobre el penacho
Rojo, arde el último prejuicio!

III

Día espléndido, azul; gloria del mundo!
Amor vive la vida del delirio;
Oro es la mies que brota de los campos,
Oro el hierro del yunque ennoblecido.
¡Cuando canta el zorzal, libre, en la Granja,
Suena el Taller su coro de martillo!

Buenos Aires, 1914.

♣♣♣

ÍNDICE

ÍNDICE


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 10 12 02 15 013 3